

P PUERTA ABIERTA

nº3 - Diciembre 2022





**Nuestra cabecera
representa nuestra esencia
y nuestro objetivo principal
«la entrada a la cultura»
a través de una
Puerta Abierta.**

Puerta Abierta en una publicación de Ateneo de Jerez

PRESIDENCIA:

Margarita Martín Ortiz

DIRECCIÓN:

Dirección colegiada – Consejo de Redacción

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Teresa Fuentes Caballero,
Manuel Belmonte Nieto
Camino González Molano
Hermenegildo Rodríguez Cabrera

FOTOGRAFÍAS:

Isabel Canales (Editorial),
Teresa Fuentes (Sumario)

MAQUETACIÓN Y DISEÑO:

Antonio Santos

SECRETARÍA:

Jesús Cintado Garrido

EDICIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Asociación Cultural Ateneo de Jerez
C/ San Cristóbal, 8 11403 Jerez
puertaabierta.revista@gmail.com

COLABORAN:

Joaquín Casas Gómez

ISSN: Edición digital

ISSN: Edición impresa 2951-987X

Foto de Portada: Vista desde el interior de la Torre octogonal. Alcázar de Jerez.
Foto de Antonio Herrera.

Puerta Abierta no se hace responsable del contenido de sus artículos,
ni comparte necesariamente las opiniones expresadas en ellos.



Teresa Fuentes

Sumario

Presentación	3
Editorial	5
Creación	
Miriñaques	6
Ítaca	
Las mujeres de Sorolla	8
Lo mítico y lo clásico en John Ford: Centauros del desierto	16
Perfiles	
Carta a Saramago	24
Entrevista a Pilar del Río	26
Manolo Sanlúcar: Andalucía y Flamenco, se escriben con mayúscula	28
Mirada crítica	
Opinólogos en el reino de la palabra muda.....	30
Otros tiempos, otras personas	32
Sentirse bien está en tus manos	36
Jerez	
Sanidad en Jerez y su comarca	40
Crónica viajera	
Etiopía: un viaje en el que descubrí la fuerza de una sonrisa	50
Reseñas	
Reseñas realizadas por Cristóbal Serna de la Librería «La Luna Nueva»	56



PUERTA ABIERTA - n°3
Diciembre 2022



Máscaras anónimas
Imagen de Natalia Fernández Díaz-Cabal

Presentación

Desde la Junta Directiva trabajamos para que el Ateneo se consolide como referente cultural de la ciudad, un espacio donde las distintas expresiones y valores culturales encuentren acomodo, que sea conocido y reconocido por su independencia, su diversidad, su pluralidad y dinamismo.

La Revista *Puerta Abierta* debe representar también este espíritu, ser una muestra del compromiso de las personas ateneístas con la sociedad y el tiempo en el que viven. Por esa razón, es imprescindible que la sientan como propia, aumentando el conocimiento que tienen de ella, así como la participación en el proceso de creación y en la evaluación de su resultado.

Y eso solo puede lograrse con un esfuerzo continuado y un compromiso inquebrantable con la calidad, la rigurosidad y la transparencia, que genere la necesaria complicidad entre ateneístas, creadores y público en general.

La Revista del Ateneo sigue siendo una *Puerta Abierta* para *sembrar cultura, respeto y tolerancia*, un proyecto en el que todos los hombres y mujeres que integramos el Ateneo estamos llamados a participar.

Presidenta del Ateneo





Imagen de Isabel Canales

Si un día cualquiera te encuentras paseando por el centro de la ciudad, y tienes curiosidad, entre la alameda del Banco y la plaza Plateros encontrarás una callecita estrecha, sombría, porque a veces el sol casi no cabe por ella. Esa callecita es la calle de San Cristóbal y ahí, cuando se va acabando su empedrado, y aparece la trasera de la Iglesia de San Dionisio, te encontrarás, a la izquierda, con un edificio de tres plantas, bien aseado, de fachada silenciosa con sillares bien recortados y hasta con una belleza clásica, tendente al eclecticismo de la época, una casa palacio de finales del siglo XIX, en cuya fachada se pueden ver unas grandes pilastras jónicas, unos adornos barrocos en las ménsulas de su balcón principal y, al tiempo, evocaciones islámicas que adornan la parte superior de la puerta principal. Ahí localizarás la sede del Ateneo de Jerez, mano con mano con otras áreas del conocimiento.

Si el paseo es por la tarde y durante la semana, verás su Puerta Abierta. Si por el contrario coincides por esa calle de mañana, o fin de semana, aunque parezca cerrada, de algún modo mágico, permanece siempre abierta. Ese edificio de piedra es el lugar donde se reúnen los ateneístas para realizar algunas de sus actividades, pero no es el 'Ateneo', no es todo el Ateneo, es sólo el refugio, el lugar de encuentro de todos los ateneístas de Jerez. Así que también en esos momentos en los que parece cerrado mantiene su Puerta Abierta, y lo está porque el Ateneo está dentro de cada uno de sus miembros, allí donde quiera que cada uno de sus socios esté. Y esa es la magia, puesto que cada ateneísta actúa, vive y se mueve no solamente dentro de las paredes del edificio, sino que se impulsa, actúa y vive también fuera de sus muros de piedra; podríamos decir que su espíritu trasciende su sede.

Editorial

Encontrarás al Ateneo en senderos, obras de teatro, rutas de viaje, conciertos de coro, debates de cine, comentarios de libros, reuniones de ciencia y así hasta casi una treintena de actividades, bajo un mismo logo, un mismo escudo, una misma identidad, una misma familia, mostrando lo que nos une: el amor y el anhelo de hacer visible la cultura, la de ayer, la de hoy y la de mañana, allí donde se perciba una muestra de ella, adaptándonos a los tiempos, como los tiempos nos demandan, para que nada escape al interés de los/as ateneístas, al interés general, acogiendo las nuevas tendencias, como un modo de acercar el Ateneo a la sociedad a la que pertenece.



Por Tesa González

Miriñaques



Soy mi propia cárcel. Y ni me doy cuenta. Algo huele a libertad, pero solo la sueño.



Intento salir y todavía me encorseto. Queda bien pero no soy yo. No sé volar.





Salto y ya salen mis alas y lo
aprendido se cae...



La esencia es lo que vale.
Aquello solo fue un mal sueño.
Yo y mi Libertad. Nada más.

Tesa González es fundamentalmente artista plástica y su creatividad ha sido enfocada especialmente al mundo de los libros infantiles y juveniles donde cuenta con más de 60 obras ilustradas y publicadas por las editoriales más prestigiosas del sector.

Por María Teresa Fernández Madrid
Doctora en Historia del Arte

Las mujeres de Sorolla

Resulta complicado abordar, desde una perspectiva novedosa, el análisis de los temas que el pintor valenciano Joaquín Sorolla (1863-1923) desarrolló a lo largo de su dilatada carrera pictórica. Y más teniendo en cuenta que el próximo año 2023 se conmemora el primer centenario de su muerte con un extenso programa de conferencias, cursos, exposiciones y nuevas y actualizadas publicaciones.

Uno de los aspectos que más llama la atención es la abundante producción que el autor dedica a las mujeres contempladas desde diferentes puntos de vista y en distintas temáticas y situaciones. Este hecho ha dado lugar a varios proyectos expositivos –el último llamado «*Sorolla. Femenino Plural*» (22 de septiembre de 2020-10 de enero de 2021)– en los cuales se ha subrayado esa mirada especial de Joaquín Sorolla hacia el mundo femenino y que van desde la temática social, en boga durante el último tercio del siglo XIX hasta el retrato intimista de las mujeres de su familia.

Para una explicación más didáctica sobre el tema que nos ocupa, dividiremos nuestro estudio en varios apartados:

1.- Familia:

Joaquín Sorolla, huérfano de padre y madre desde los dos años, encontró la estabilidad emocional y la felicidad completa junto a Clotilde García del Castillo, hija del fotógrafo valenciano Antonio García para quien trabajó en los inicios de su carrera. Clotilde fue su compañera, amiga, confidente, administradora, coordinadora de exposiciones y sobre todo, la madre de sus hijos y su musa inspiradora. Así nos lo revela la extensa correspondencia mantenida entre ambos durante sus largos años de convivencia, pero especialmente una carta en la que el pintor habla a su mujer en estos términos «eres mi carne, mi vida y mi cerebro... llenas todo el vacío que mi vida de hombre tenía antes de conocerte».

No es de extrañar que veamos a Clotilde retratada a lo largo de su vida, bien sola, siguiendo los parámetros de la moda europea del momento, bien como madre de sus hijos: María Clotilde –para la familia María– nacida en 1889 y enferma desde pequeña, hecho que obligó a la familia a desplazarse frecuentemente buscando climas más salubres para la





Figura 1. Joaquín Sorolla. *Madre* (1895). Madrid. Museo Sorolla

recuperación de la pequeña, Joaquinito que vino al mundo en 1892 y Elena que lo haría en 1895. En este mismo año Sorolla pinta una de las obras que más emoción produce en quienes la contemplan.

Se trata de *Madre* (Figura 1) que fue objeto de un gran número de dibujos preparatorios antes de su ejecución. En ella emergen de un fondo blanco, las dos cabezas de madre e hija que se miran con ternura. Es una composición con muy pocos elementos, un encuadre que recuerda a la fotografía y un trabajo con el color blanco, sin duda el protagonista del cuadro, que revela el interés del artista por los estudios científicos del momento. Los tonos blancos van desde el azulado del rostro de la esposa, que acaba de superar el parto, hasta el cutis sonrosado de la pequeña, pasando por las

gammas de la ropa de cama. Esta variedad cromática se consigue trabajando el pigmento desde las capas más profundas del lienzo, con pinceladas de diferente longitud y textura y utilizando pinceles con un mango largo, en lugar del clásico «tiento» que apenas permitía salir del boceto. Un auténtico prodigio.

En los inicios de la convivencia del matrimonio, Clotilde acompañó a su marido a Roma y a Asís, buscando la promoción y fama internacionales. En ese recorrido buscaría modelos de mujeres jóvenes en la campaña italiana pero también realizaría una composición que acompañaría toda la vida a la familia Sorolla. Se trata de *Santa Clotilde* (1888), conservada en el Museo del Prado, que es muy diferente al estilo que marcará la posterior trayectoria del



Figura 2. Joaquín Sorolla. *Paseo a las orillas del mar* (1909). Madrid. Museo Sorolla

pintor. Presenta una imagen de mujer de perfil, con una cruz en su pecho y un libro en sus manos, con una indumentaria y un juego de elementos geométricos y de colores que ponen de manifiesto el interés casi arqueológico de los artistas que viajaban a Italia, al mismo tiempo que las influencias del simbolismo francés que sin duda conocía el artista. Este cuadro aparece en el fondo de *Clotilde con traje negro* (1906) conservada en el Metropolitan Museum de Nueva York.

Veremos también a Clotilde en *Paseo a las orillas del mar* (1909) (Figura 2) pintada a la vuelta de la cuarta exposición

internacional del artista en Estados Unidos. Este cuadro es el exponente más característico del estilo de Sorolla: sus trabajos con la luz, las sombras coloreadas, el movimiento de las olas, los vestidos y los velos, la pincelada suelta y poco empastada, los modelos –su esposa y su hija María– y el encuadre fotográfico perceptible en el recorte del sombrero de Clotilde y la instantaneidad, el interés por reflejar en la pintura un momento concreto y una luz determinada. La influencia de la elegancia de los pintores nórdicos y del estilo de John Singer Sargent (1856-1925) se manifiestan aquí de una manera clara.



Figura 3. Joaquín Sorolla. *Retrato de Raquel Meller* (1918). Madrid. Museo Sorolla.

La evolución física de Clotilde García puede constatarse contemplando los cuadros conservados en la que fue su casa y que hoy es Museo Sorolla gracias a la generosidad de su legado. Quizás *Clotilde sentada en el jardín* (1919-1920) pueda servir de colofón a este breve apartado. Posa en el jardín de su casa, con un sombrero que da la nota de elegancia tan característica de su persona, delante de los alhelíes rosas, con un enfoque diagonal, también fotográfico que desarrolla un espacio profundo en zigzag por detrás de la figura.

2. Retratos

Joaquín Sorolla es, sin duda, heredero de la tradición del retrato español, heredero de Velázquez, como lo demuestra el retrato de la actriz *María Guerrero ataviada para representar La Dama boba de Lope de Vega*, obra de 1906 conservada en el Museo Nacional del Prado y que manifiesta una marcada influencia de las Meninas en indumentaria, tonalidades y tratamiento de la luz. La actriz posa en la plenitud de su fama para un pintor reconocido internacionalmente y uno de los pocos artistas españoles del momento que pudo vivir de los rendimientos de su trabajo.

La huella de los pintores del Siglo de Oro se enriquece con las aportaciones de Goya en las calidades de los objetos y en especial de las telas y el estudio psicológico de los rostros de las mujeres que retrata, famosas como la Guerrero, esposas de artistas como *María Teresa Moret* (1901) (Museo Nacional del Prado) que lo fue de su amigo y mentor Aureliano de Beruete. María Teresa fue hija del ministro Segismundo Moret y como Clotilde, culta y refinada, acompañante de su marido en viajes y exposiciones y guardiana del hogar. La influencia de Federico de Madrazo y la

retratística burguesa del siglo XIX se manifiesta en esta composición con toda intensidad

Merece una mención especial en este apartado el *retrato de la Señora de Pérez de Ayala* (*Mabel Rick*), realizado en 1920. Mientras pintaba esta obra, nuestro artista sufrió una hemiplejía y por ello el cuadro quedó inacabado. Ese momento es recogido por Ramón Pérez de Ayala en un artículo para la prensa de Buenos Aires titulado «*Sorolla. El pintor por antonomasia*» en el cual realiza una extraordinaria semblanza de su amigo.

Se trata de un busto prolongado, visto de frente, con la modelo sentada en una mecedora al aire libre para trabajar, en su línea tradicional, los efectos de la luz sobre los rostros y las telas y se convierte en el resumen final de su trayectoria artística.

Una excepción en el tipo de mujeres retratadas por Sorolla lo constituye la magnífica representación de la cupletista, *Raquel Meller*, musa del maestro Padilla realizada en 1918. (*Figura 3*) Esta artista, de fama internacional, mantuvo un romance con Joaquinito Sorolla y de ahí que su padre intentara convencerle de la poca conveniencia que una relación de este tipo podía comportar al muchacho. Aun así el retrato es un prodigio. La modelo aparece sentada en un jardín, con una amplia pámela que da movimiento al rostro, la luz incidiendo en su vaporoso vestido tratado con una pincelada larga y suelta.

3.- Trabajadoras y tipos regionales

En toda su amplia producción de tipos regionales, Sorolla representa el trabajo de las gentes del pueblo, pero lo hace sin dureza, de una forma casi bucólica que escapa –salvo en los casos de temática social– a las duras condiciones laborales de la época. En un principio, y durante su estancia en Italia, pinta aldeanas jóvenes, rodeadas de una naturaleza húmeda, con



Figura 4. Joaquín Sorolla. *Trata de blancas* (1895). Madrid. Museo Sorolla

bosques verdes y flores que aluden a la pureza –como lirios, azucenas o amapolas– como la *Contadina de Asís* del Museo Sorolla(1888).

Su breve paso por la pintura de temática social, que le reportaría notables éxitos –como *Triste herencia* que fue premiada con el Grand Prix de la Exposición Universal de Paris del año 1900–, nos dejó una serie de obras en las que aborda el tema de la mujer desde una perspectiva tendente a mostrar, sin un compromiso explícito las duras condiciones de vida de los sectores marginales de la sociedad en correspondencia con la literatura realista

de la época. Benito Pérez Galdós en su novela *Tristana* publicada en 1892 nos dice que para la mujer solo existían tres caminos, «cuidar de la casa, ser cómica y el otro que ya sabes cuál es».

En este contexto podemos incluir *Trata de blancas* (1895) (Museo Sorolla). (Figura 4). Se representa un vagón de tercera en el que aparece una mujer mayor, vestida de oscuro, quizás la Celestina y unas muchachas jóvenes envueltas en sedas y mantones, que sin duda descansan después de haber ejercido la prostitución. De nuevo el trabajo de la luz que entra por la ventana e incide sobre los rostros de las muchachas y sus coloridos ropajes



Figura 5. Joaquín Sorolla. *Saliedo del baño* (1915). Madrid. Museo Sorolla.

que guían de forma diagonal la mirada del espectador hacia el fondo del cuadro y muestran su habilidad como pintor de naturalezas muertas en el detalle de las viandas representadas en el primer término, a nuestra derecha.

Superada esta producción ligeramente melodramática, el artista valenciano se embarca en la producción de dos tipos de mujeres. Las primeras, valencianas que lucen sus coloridos atuendos para dar al pintor el pretexto para experimentar con la luz y el color. El vestido de labradora que vestirá María Sorolla en una obra de 1906 podemos contemplarlo hoy en las colecciones de la Casa Museo del pintor y es una muestra del interés documental por la representación de las costumbres,

fiestas y tradiciones populares del que ya habían hecho gala algunos artistas románticos del siglo XIX en especial los hermanos Domínguez Bécquer. En esta línea cabe enmarcar el conjunto Regiones de España, catorce grandes paneles encargados por la Hispanic Society de Nueva York sobre las costumbres de España (1913-1915). Las mujeres cobran protagonismo en la castellana Fiesta del pan, en la Jota de Aragón, la romería de Galicia o el Palmeral de Elche. Son trabajadoras, de una empresa solidaria y colectiva, esposas, pero también, madres.

El segundo tipo de mujeres populares que nos presenta Sorolla son las madres a las que en palabras de Emilia Pardo Bazán «hizo Dios para la familia, la



Figura 6. Joaquín Sorolla. *La bata rosa* (1895). Madrid. Museo Sorolla

humildad y las labores de su sexo en el hogar». La pintura gana en cromatismo cuando el mar y la luz entran en la escena como *Saliendo del baño* (1915). (Museo Sorolla) (Figura 5) en la cual la ternura entre madre e hijo se enmarcan en un espacio abierto con absoluto protagonismo de la luz. *La Bata rosa* (1916) (Museo Sorolla) (Figura 6) nos acerca a otra actividad femenina, la costura y la complicidad entre dos mujeres, de apariencia casi escultórica, delante de una estructura de cañas que deja pasar el viento y la luz

Los ejemplos citados son solo una muestra del acercamiento de Sorolla al mundo femenino e ilustran a la perfección la evolución de su pincelada, de las gamas cromáticas utilizadas y de

sus novedosos encuadres, pero también se corresponden con la visión del sexo femenino ilustrativa de determinados grupos sociales, en un momento histórico en el cual los regionalismos estaban irrumpiendo en el panorama político de la España del siglo XIX y se abría paso a un creciente protagonismo de la mujer.

BIBLIOGRAFÍA

- Hernández de la Torre, Almudena (2009) *Diálogos Sorolla y Velázquez*. Madrid. Ministerio de Cultura y Deporte.
- Luca de Tena, Consuelo (2020). *Sorolla. Femenino plural*. Madrid. Ministerio de Cultura y Deporte.
- Pons Sorolla, Blanca (2007) *Joaquín Sorolla*. Madrid. Polígrafa.
- Pons Sorolla, Blanca (2012) *Clotilde Sorolla*. Madrid. Ministerio de Cultura y Deporte.
- Pons Sorolla, Blanca y Lorente Sorolla, Víctor (2009) *Epistolarios de Joaquín Sorolla*. Madrid, Anthropos.
- Santa Ana, Florencio (2009). *Guía del Museo Sorolla*. Madrid. Ministerio de Cultura y Deporte.

Por Francisco José Morales Bernal
 Doctor en Lenguas Clásicas

Lo mítico y lo clásico en John Ford: Centauros del desierto

Una historia bien contada es aquella que forma parte de otra mayor que no se cuenta. Esto es poco más o menos lo que vino a decir Aristóteles en su famosa *Poética*, referente último de no pocos guiones cinematográficos. Es decir, uno de los muchos logros de la *Iliada* es precisamente no narrar toda la guerra de Troya, sino tan solo un episodio del último año de la misma: el de la cólera de Aquiles. Y es evidente que *Centauros del desierto* (1956), *The Searchers* en el original, está envuelta por una historia mayor que no aparece en pantalla, pero que se insinúa. La referencia viene a propósito del más que evidente paralelismo de los tipos y mitos de la tragedia y épica antiguas con el *western* norteamericano: ambas narrativas, cada una en su lenguaje, vienen a sublimar un pasado a medias entre la historia y la leyenda, a dotar a una nación, a una civilización emergente de una cimentación espiritual que justifique y referencie su propia existencia. La Guerra de Secesión, la conquista del Oeste, las luchas con los indios, son episodios todos de esa narrativa patriótica y heroica. Es cierto que no todo relato épico, en la literatura o en el cine, ha de servir necesariamente a ese afán glorificador, pero el código se mantiene y los recursos son los mismos





aunque las intenciones sean otras: el par épico (Aquiles y Patroclo, el Cid y Alvar Fáñez, Roldán y Oliveros o, como en el caso que nos ocupa, Ethan y Martin), el viaje de regreso (el *nóstos* griego, de donde, junto la palabra *algía* –es decir, “dolor”– proviene la palabra “nostalgia”), la búsqueda y la exploración en un entorno hostil y “bárbaro” –en el sentido etimológico del término–, los episodios bélicos, el valor, la locura y, en definitiva, el auto-sacrificio.

Pero centrémonos en el film de John Ford: la historia de cómo Ethan Edwards (John Wayne) emprende junto con el joven Martin Pawley (Jeffrey Hunter), un mestizo adoptado por la familia de su hermano, la búsqueda de su sobrina Debbie (Lana y Natalie Wood), raptada por los comanches después de que estos asesinaran a su familia, en una persecución incansable a lo largo de los años a la que no podrán detener ni el tiempo, ni el hambre, ni la soledad, ni los elementos.

Empecemos por el título: es este un caso realmente particular en el que el título español aporta acertadamente un

matiz trágico-mitológico en la primera aproximación que tenemos a la película, pues el centauro, más allá de la poderosa imagen que presenta, simboliza tradicionalmente la furia, la locura y el desenfreno, rasgos que laten y a veces hasta eclosionan violentamente en el personaje de Ethan Edwards.

Pero, más allá de esto, muchos son los elementos míticos que afloran en la película, incluida la concepción misma de la narrativa y de los personajes, pues el cine de Ford, como la antigua cultura griega, está colmada de dualidades: lo nuevo y lo viejo, lo civilizado y lo salvaje, el orden y el caos, las leyes humanas y las leyes divinas (equivalentes a la “ley del Oeste”), lo estático y lo dinámico (que suele corresponder, como a menudo ocurre también en la mitología antigua, con lo femenino y lo masculino). O lo apolíneo y lo dionisiaco, que diría Nietzsche. Y es de estas dualidades de donde nace la tensión y, finalmente, el conflicto. El culmen de todo esto será *El hombre que mató a Liberty Valance* (1962), donde la tensión (una de muchas) entre los personajes de John Wayne y James

Stewart se resuelve a favor de este último (aunque tan solo superficialmente) certificando, como hizo el ferrocarril con el salvaje Oeste (bien a las claras lo refleja la película), el fin de una era, de un tipo de héroe y del *western*. Pero si en el film de 1962 se presenta el conflicto en forma casi de obra dramática –de tragedia, al cabo–, en *The Searchers* nos encontramos ante una mezcla de epopeya y tragedia. Una epopeya trágica que bebe de los mitos antiguos.

Comencemos por el relato central que no deja de ser una combinación del mito de Orfeo y el de Perséfone. Recordemos que, en la versión tradicional del mito, Orfeo se enamora de la ninfa Eurídice que, al ser mordida por una serpiente, muere, dirigiéndose su alma al infierno o, mejor dicho, al inframundo. Orfeo, sirviéndose de su arte –la música– consigue penetrar en el mundo subterráneo para rescatar a su amada y, después de sortear varios obstáculos, consigue entrevistarse con el propio Hades y su esposa Perséfone. Acceden estos a entregarle a Eurídice, con la condición de que durante el ascenso no podrá volver la vista atrás para mirar a la ninfa, que lo seguirá en silencio durante el trayecto, hasta que ambos estén completamente bañados por el sol. Sin embargo, en el último momento, Orfeo, ya fuera de la gruta que da al inframundo, vuelve la mirada justo a tiempo para ver cómo Eurídice es arrastrada de nuevo a los infiernos, ya que uno de sus pies aún no había salido a la luz del día. Por su parte, el mito de Perséfone narra cómo esta es secuestrada por Hades y llevada al inframundo para así desposarse con ella. Su madre, Deméter, la busca desesperadamente por todas las regiones hasta que llega a saber, gracias a Helios –dios del sol– del rapto. Por mediación de Zeus, Deméter consigue rescatar a su hija, aunque solo parcialmente, ya que, al haber ingerido

allí unas semillas de granada (una fruta muy vinculada a Afrodita, diosa de la sexualidad), estaba obligada a volver al inframundo durante una parte del año.

La historia de *Centauros del desierto* es también la historia de una catábasis en busca de una mujer, de un descenso a los infiernos, representado brutalmente por el mundo de los comanches (*bad medicine country*, como lo llama uno de los personajes), donde su rey Hades no es otro que el jefe Cicatriz o *Scar* (Henry Brandon), quien recibe a los protagonistas en su tipi como el dios griego en su trono, después de que Ethan pague con una bolsa de monedas al mexicano que le sirve de intermediario, Emilio Gabriel Fernández (Antonio Moreno), quien hace las veces de Caronte, el barquero que, también a cambio de unas monedas (*For a Price. Always for a price*), transportaba a los muertos hasta el Hades. Pero si lo que mueve a Orfeo es el amor, lo que mueve a Ethan es todo lo contrario, porque la suya es una catábasis a su propio infierno interior, un viaje al mismísimo corazón del odio. Un odio que viene de antiguo, puesto que, a pesar de que la motivación inmediata es encontrar a sus sobrinas y vengar a la familia de su hermano, el conocimiento que tiene Ethan de la cultura y la lengua comanche y el hecho de que estos asesinaran anteriormente a su madre y posiblemente a su padre (así consta en las lápidas junto a la casa de su hermano) muestran a las claras que es un odio fermentado durante años, pero agudizado ahora por el asesinato de la mujer a la que amaba en secreto, su

JOHN
THE SEA

cuñada Martha (Dorothy Jordan), en una reacción que nos trae a la memoria la de Aquiles ante la muerte de Patroclo; y, como Aquiles hizo con el cadáver de Héctor, Ethan ultrajará descabellándolo el cadáver de Cicatriz en respuesta al ultraje al cuerpo de Martha. Un odio enfermizo que le lleva a matar a tantos búfalos como pueda (pues búfalos muertos significan indios muertos), a perpetrar en compañía del reverendo y capitán Clayton y los suyos una matanza intencionadamente indiscriminada en el campamento indio (*We won't have time to pick and choose targets*, dice Clayton a Marty) o a despreciar con la mirada a aquellas mujeres blancas enloquecidas, que, para él, ya son comanches. La excusa para emprender la búsqueda de la pequeña Debbie –y en un principio también de su otra sobrina, Lucy (Pippa Scott)– es su rescate de ese infierno al que ha sido arrastrada, sí, pero Ethan guarda la oculta intención –cada vez más intensa y manifiesta, pues el tiempo se agota– de matarla: ya se ha contaminado o pronto lo hará y será una comanche más. Debbie está en un infierno peor que la muerte, como le dice Laurie Jorgensen (Vera Miles) a Martin: incluso Martha, la madre de Debbie, preferiría que Ethan le pegase un tiro en la cabeza antes que verla convertida en una comanche. Y el mismo Ethan, antes de la carga final, afirma: *living with comanches ain't being alive*. Ante esto, la única forma de rescate plausible a ojos de Ethan es matarla. Martin lo sospecha casi desde el comienzo de la persecución y lo constata en el primer

encuentro con la sobrina de Ethan tras el secuestro, cuando este efectivamente intenta dispararle.

Y es que el personaje de Debbie tiene un punto de inflexión en la narración: la entrevista con Cicatriz. En ese momento, convertida en una de las esposas del jefe indio, ha dejado de ser a ojos de Ethan una de los suyos, incluso queda excluida de sus lazos de sangre (como él mismo afirma en su testamento donde lega todos sus bienes a Martin, ya que carece de “parientes de sangre”, *without any blood kin* en el original). Ha dejado de ser Eurídice para convertirse en Perséfone, arrastrada también violentamente al inframundo sin posibilidad de escapar y desposada con el dios Hades. Ya ha comido las semillas de granada. Para Debbie ya no hay remedio. El propio Ethan lo anticipó años antes en una conversación con Martin, antes de regresar por primera vez al rancho de los Jongersen: *If she's alive, she's safe. For a while. They'll keep her to raise as one of their own until... till she's of an age of...*

La resolución de esta “peripeia” (*peripéteia*), usando la terminología de Aristóteles, se da en el momento en que, ya muerto Cicatriz y arrasado su campamento, Ethan persigue a Debbie hasta la entrada de una gruta y, en contra de lo que el mismo personaje ha ido anticipando, la alza en volandas (en una escena magistralmente simétrica a otra similar al inicio del film) como una suerte de “reconocimiento” (*anagnórisis*) y la acepta de nuevo: *let's go home, Debbie*. La muchacha vuelve a ser Eurídice y para rescatarla, para salvarle la vida, Ethan, a las puertas de esa gruta –como en el mito–, debe no volver la mirada y dejar atrás el odio por el asesinato de sus padres, el de su hermano, el de la mujer que amaba y toda su familia a manos de los comanches. Y, al contrario que Orfeo, Ethan sí lo consigue y con ello devuelve a Debbie al mundo de los vivos y al hogar.

WAYNE
ARCHERS

Y, hablando de hogar, he aquí que nos topamos con otro de los mitos que sirven de modelo para caracterizar el personaje central de la película: el de Ulises. El film comienza con Ethan regresando de la guerra, como Ulises, pero no regresa inmediatamente al hogar, sino que, también como el héroe griego, tarda varios años en volver. Su anhelo es volver al hogar donde le espera su amada, Penélope en el mito, Martha en la película: pero ni aquel es su hogar ni esta es su mujer, sino que pertenecen a su hermano Aaron. Así pues, Ethan es un Ulises en un constante viaje, en busca de un hogar que no existe para él: como dice José Luis Garcé en *Sólo para mis ojos* (2009), “el horizonte es el hogar de los héroes de Ford”. El propio Ethan lo define muy bien cuando habla sobre su antagonista (y se lo puede aplicar a sí mismo) y la tribu de este: *sort of like roundabout, man says he's going one place means to go t'other*. Cada hogar que encuentra es un hogar postizo, un lugar al que no pertenece y por eso al final de la película no llega a cruzar el umbral que forma uno de los famosos encuadres de Ford. Todos los demás personajes tienen o encuentran finalmente su sitio, incluso Martin, una especie de contrapartida de Ethan, y que, como él, al ser adoptado y mestizo (continuamente se lo recuerda Ethan), no pertenece de entrada a ningún lugar, aunque finalmente él sí que encontrará a su



Penélope, Laurie Jorgensen, y, como en el relato homérico de la *Odisea*, deberá lidiar a su regreso con los pretendientes que le han surgido a su amada para derrotarlos y conseguir al fin el ansiado descanso en el hogar.

Y siguiendo con el personaje de Martin, es este un personaje que tiene el recorrido típico del héroe tradicional, a pesar de estar a la sombra de Ethan. Su origen es como el de los héroes tradicionales, como el Sargón acadio, el Moisés bíblico, el Perseo, el Jasón y el Edipo griegos, Rómulo y Remo, etc.: un niño abandonado a la muerte que es rescatado para, ya adulto, vencer a monstruos y enemigos. Tras ser su familia masacrada, Martin fue recogido siendo un bebé por el propio Ethan para luego ser criado por el hermano de este y su familia, con el añadido de tener parte de sangre india. Es, pues, como Ethan, un inadaptable y por ello ha de buscar también su lugar en el mundo. En varias escenas, de hecho, aparece apartado del resto de la familia, en el exterior del hogar, lo mismo que Ethan. Pero para



encontrar ese lugar tiene que recorrer el camino del héroe y superar la prueba que pueda convertirlo en sucesor de Ethan, con el que de hecho mantiene una relación paterno-filial. En no pocas ocasiones el personaje interpretado por Wayne se burla de su inexperiencia, le recuerda que aún es joven, que debe “crecer”, le impide realizar ciertas acciones “adultas” (ver el cadáver ultrajado de Martha, beber alcohol en la cantina mexicana...). Pero hay un momento, que a simple vista parece trivial, pero que es crucial en el desarrollo del personaje: justo antes de entrar en la tienda de Cicatriz, Ethan intenta detenerlo, pero Martin se rebela y hace caso omiso. Es un punto de inflexión que indica que el héroe ya ha madurado, está listo para el desafío. La recompensa de la consecución de ese desafío, de esa prueba, es el hogar, un lugar en el mundo, aquello que ni él ni Ethan poseen, y que este último nunca tendrá. Y este premio está representado por Laurie Jergenson: hasta tres veces se separa de ella, a pesar de sus súplicas y de los consejos de Ethan, pues

aún no ha realizado la prueba que le haga merecedor de ello y ser, *de facto*, el relevo de Ethan. En este arquetipo, por utilizar el término jungiano, el héroe ha de derrotar a un monstruo, un gran enemigo, para luego poder unirse a una mujer que simboliza el premio de un hogar, una descendencia, un trono, etc. Los ejemplos de esto son innumerables: recordemos solo los ya mencionados de Edipo, que mató a la Esfinge y se casó con Yocasta, o el de Jasón que mató al dragón que custodiaba el vellocino y se fugó con Medea. O el de Teseo, que tras matar al Minotauro huyó con Ariadna. Miles de personajes poseen este arco narrativo tanto en la literatura como en el cine, y este es el de Martin Pawley en *Centauros del desierto*. Su prueba, como no puede ser de otra manera, la realiza solo: se adentra en el campamento comanche y mata a Cicatriz, el gran antagonista del film, en una escena un tanto anticlimática, pues no presenciamos el enfrentamiento típico del western, no vemos ninguna *aristeia*. Es una muerte casi accidental y además robada por Martin a Ethan, que tendrá que conformarse con ultrajar el cadáver del jefe indio. Una muerte la de Cicatriz, por cierto, que parece tener cierto matiz sexual: en toda la película parece que el rapto de Debbie se mueve en esta esfera, ya que, mientras en el libro de Alan Le May en que se inspira la película, Cicatriz toma a la niña como hija adoptiva, en el

film de Ford el jefe comanche la toma como una de sus esposas (lo que remarcaría esa idea de contaminación que revolotea por la mente de Ethan) y, a la hora de morir a manos de Martin, el plano solo nos muestra el cuerpo de Cicatriz de cintura para abajo en el momento de los disparos, lo que supondría una especie de metáfora de la castración, como Cronos hace con Urano. Una vez consumada la muerte del líder comanche, ya sí merece Marty unirse con Laurie y cruzar el umbral del hogar, algo que no está ni estará al alcance de Ethan.

De seguro podríamos extraer muchas más referencias míticas de la película, como a propósito del personaje de Mose Harper (Hank Worden), una especie de oráculo cuya locura esconde una infalible sabiduría o de divinidad que guía al héroe en momentos de apuro (como Helios a Deméter); o a propósito de la escena del enterramiento del comanche al que Ethan dispara a los ojos para que su espíritu vague por los vientos, que recuerda mucho a los enterramientos griegos con monedas en los ojos y boca del difunto a fin de evitar que su espíritu vague por las sombras durante cien años, pero los pocos ejemplos expuestos evidencian el enorme bagaje cultural empleado, conscientemente o no, por John Ford y uno de sus guionistas de confianza, Frank S. Nugent, en *The Searchers*.

Pero lo clásico no se queda en el uso del código mítico. Como anticipamos al principio, Ford también se vale de los recursos poéticos (entendiendo “poesía”

en el sentido antiguo de creación artística) para su narrativa. Ya hemos hablado de la *peripeteia*, de la *anagnórisis* y de cómo la historia de *Centauros del desierto* se inserta en otra más amplia que nunca llega a desarrollarse, del modo que decía Aristóteles. Y no es esta otra que la historia de Ethan y su familia: ¿dónde estuvo después de la guerra? ¿De dónde ha sacado esas monedas recién acuñadas? ¿Cómo es que sabe tanto de los comanches? Y, sobre todo, ¿cuál fue su relación con su cuñada Martha? Ninguna de estas preguntas es respondida de manera textual, pero para algunas de ellas sí hay una respuesta escénica o, al menos, se insinúa. Está claro que Martha y Ethan se amaban secretamente (parece como si en el pasado se hubiera dado la misma situación entre la pareja de Ethan y Martha y la de Martin y Laurie, con resultados opuestos; no es la única ocasión en que Martin triunfa donde Ethan ha fracasado): ello se deduce de las mutuas miradas de los actores, del ademán de Martha acariciando el capote de Ethan (una de las dos únicas veces en la película que Ford muestra la imagen desde la perspectiva de un personaje) y de su despedida cuando ella le ofrece el capote y el sombrero, gesto que no tiene con su auténtico marido. Esto nos recuerda a la famosa sentencia de Horacio en su *Ars poetica* (v. 179): *Aut agitur res in scaenis aut acta refertur*, es decir, “O bien el asunto se lleva a escena, o bien se narra”. Ford cumple a rajatabla con este precepto: no hay un diálogo de sobra, no hay un plano de más, y, sin embargo, hay



suficiente información para que el espectador se haga una idea de conjunto. El caso contrario lo vemos, por ejemplo, cuando Martin menciona el nombre de Cicatriz después de arrojar por la pendiente a la india a la que accidentalmente tomó como esposa, Ethan tira el café y dirigiéndose hacia ella, que está fuera de plano, exclama: *She heard you*. Tan solo con esa lacónica frase el espectador puede reconstruir la reacción de un personaje que ni siquiera está en ese momento en pantalla. Por poner otro ejemplo: la revelación de Ethan a Brad (Henry Carey Jr.) y a Marty de que ha encontrado el cuerpo violado de Lucy; ese momento nunca se ha mostrado en escena, pero forma parte esencial de la película. Como decía Horacio: o se muestra, o se narra.

Basten estos pocos ejemplos para constatar cómo el acervo clásico está presente en la creación artística

cinematográfica, en la de Ford y, por ende, en la de otros muchos (Scorsese, Milius, Spielberg, Eastwood...), porque hablar de Ford es como hablar de todo el cine (John Ford, John Ford y John Ford, como dicen que dijo Orson Welles). Sin adentrarnos en otros aspectos –pues nos extralimitaríamos del tema– como la excelente fotografía de Winton C. Hoch, la música de Max Stiner o las extraordinarias interpretaciones de los actores –con un gigantesco John Wayne a la cabeza–, muchas más cosas y mejores se pueden escribir sobre esta obra maestra del cine y su magistral utilización de lo clásico, desde la construcción de personajes hasta el desarrollo de estructuras dramáticas, y siempre nos quedaríamos cortos, pues, parafraseando la última frase de *El hombre que mató a Liberty Valance*, nada es lo suficientemente bueno para el hombre que rodó *Centaurus del desierto*.

Carta a José Saramago

Me gustan tus frases largas, tus relatos cortos.

Tus finales abiertos, tus libros cerrados que llaman desde las estanterías diciendo léeme.

Me gusta tu anarquía en las mayúsculas y en los signos de puntuación. Anarquía, sí, pero con una lógica interna que has creado tú mismo y que siempre respetas. Leer es sumergirse de lleno en un peculiar fluir de las palabras.

Me gusta ese homenaje a tus abuelos analfabetos en tu discurso al recibir el Nobel.

Me gusta ver cómo un centauro es casi un objeto, cómo la ceguera es la locura del mundo y cómo la muerte se detiene ante un violonchelista enamorado.

Me gusta tu estilo al escribir, pero, como ves, yo prefiero cambiar de párrafo a menudo.

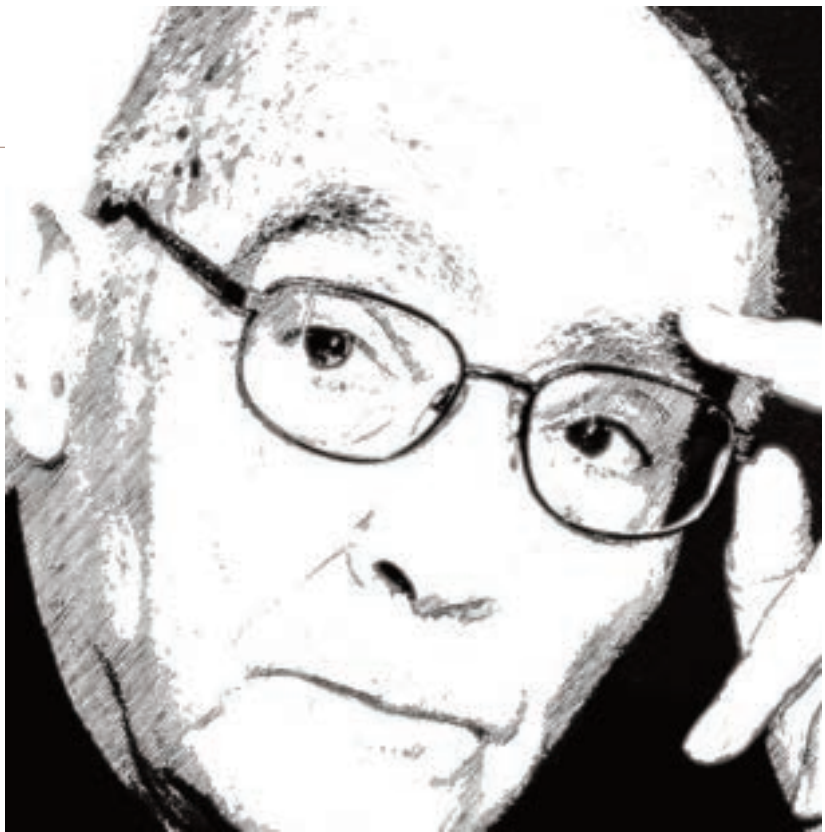
También me gustan las anáforas.

Me gusta tu voz narrativa que salta de tema en tema sin tener que justificarse, como un amigo con el que estás hablando de muchas cosas y de ninguna, como mi propia cabeza cuando empiezo a pensar en lo que hay que comprar para la semana y termino acordándome de mi infancia y de aquella vez en que mi hermana se fue al baño y aproveché su ausencia para comerme su cena.

Me gusta la idea de escribirte una carta, pero ya ves, esto no parece una carta porque ni siquiera he empezado con un saludo. ¿Cómo saludarte? ¿Hola, querido, estimado, buenos días, buenas tardes? Ninguna opción me parece buena. No nos conocemos, no puede ser informal. Pero te he leído, me has dejado entrometerme en tus mundos internos, así que tampoco puede ser muy formal. ¿Cómo dirigirse a alguien a quien no conoces de nada, salvo por algo tan íntimo como su escritura? Dicen que la literatura es unidireccional, que los libros no esperan respuesta. Lo que sí que creo es que un buen libro siempre hace preguntas, y tus libros hacen muchas.

Me gusta que, al empezar a leer cualquiera de tus textos, es imposible imaginar cómo va a acabar. Como en un capítulo de los Simpson, sí, pero diferente. Pasa algo, un suceso insólito, y eso nos lleva a planteamos cómo va a funcionar todo lo demás a partir de ese hecho, cómo el curso de los acontecimientos se va a ver afectado por ese algo imprevisto. Elucubramos contigo sobre lo absurdo del





mundo, sobre el sinsentido de los sistemas humanos, y cuando ya nos hemos convencido de estar leyendo un texto filosófico e incluso satírico, pum, cambio de rumbo, ahora la historia se tropieza con este personaje al que todo lo anterior le afecta o le deja de afectar de esta manera, y vamos centrándonos en los detalles de su vida cotidiana para que al final de la historia se junte el suceso abstracto inicial con la anécdota concreta de ese individuo. Nos haces navegar entre el ensayo y el cuento, aunque la editorial lo catalogue como novela. ¿Y cómo acaba esta novela? «Al día siguiente no murió nadie». Espera, ¿no era así como empezaba? ¿Y qué pasa con todo esto que ha pasado en estas páginas? Pareces decirnos que todo pasa, precisamente, para permanecer.

O no.

A veces parece decirnos, simplemente, que no hay mensajes concretos.

Que lo interesante de la literatura es hacerse preguntas.

Las respuestas las dejamos para otras áreas.

Gracias por regalarnos tantas y tan originales interrogaciones abiertas.

Acherontia Atropos

Texto ganador de Lourdes García de la Fuente del concurso epistolar 'Cartas a José' en la categoría José Saramago, convocado por la Feria del Libro de Santander (Felisa 2022) y la Red de Bibliotecas Municipales de Santander.

Por Juan Gaitán
Periodista y escritor

Pilar del Río: “Saramago no escribía para entretener, sino para desasosegar”

Con motivo del primer centenario del nacimiento de José Saramago, el periodista y escritor Juan Gaitán, entrevista a Pilar del Río en exclusiva para la Revista Puerta Abierta.



Pilar del Río es periodista, traductora. Preside la Fundación José Saramago.

Este año 2022 se ha conmemorado el primer centenario de un escritor esencial, el premio nobel portugués José Saramago. Cientos de actos se celebran en todo el mundo en torno a su figura, una de las más lúcidas del panorama literario de los últimos tiempos. Su obra, íntimamente implicada en el ser humano, mantiene una vigencia y una frescura innegables. Hablamos con Pilar del Río, su viuda, presidenta de la Fundación José Saramago, sobre la figura de este escritor esencial.

¿Antes de escribir la vida, Saramago la leyó en la propia vida, en su infancia y juventud?



Juan Gaitán

Era un niño atento y un joven que observaba. Leyó mucho en bibliotecas públicas, su vida inicialmente estaría reducida a unas calles en Lisboa y a una aldea, pero hizo grandes esas circunstancias leyendo todo lo que pudo.

¿Es la obra de Saramago una búsqueda de respuestas a la explotación del hombre por el hombre?

Sin duda ese asunto está en su obra. Él creó historias, es decir, escribió novelas, no tanto para entretener como, y así lo dijo más de una vez, para desasosegar. Decía que los seres humanos tenemos la capacidad de reflexionar y sentir, que no podemos anular estas



capacidades, o atrofiarlas, con la cotidianidad, tantas veces manipulada por la vulgaridad. Mantenernos atentos, activos desasosegados, capaces para intervenir, dispuestos, es un privilegio al que no podemos renunciar.

¿Y una forma de iluminar la propia oscuridad interior?

Pensar, leer, compartir. Usar la razón y la conciencia, los dos máximos atributos humanos.

¿Cree que su idea de una unión ibérica tiene cada vez más sentido?

No sé, la verdad es que no me interesan tanto las definiciones como que nuestras sociedades sean dueñas de sus destinos, democráticas, que se respeten y respeten. Las fórmulas estatales no me importan, me interesan quienes habitan los estados, es decir, nosotros, los ciudadanos.

¿Qué papel juega la alegoría en su obra? ¿Es su modo de explicar lo universal desde lo particular, una forma de sinécdoque?

Sí, Saramago usaba la alegoría de una manera propia. También en su obra está la distopía, la poesía, la filosofía... José Saramago decía que la novela, que era su dedicación, no era un género literario, sino un lugar donde todo se puede dar cita. No aceptaba compartimentos estancos, todo es vida, todo forma parte de nuestro tiempo, por eso su obra es tan rica.

Una de sus frases, «el hombre es un animal inconsolable», es quizás una de las más rotundas y ¿muestra de un claro pesimismo antropológico y una profunda lucidez?

¿Pesimismo antropológico? Creo que más bien desconsuelo de ver que siendo posible combatir lastres, hambrunas, desigualdades, no se avanza en las soluciones, se viva en estado de estancamiento, de resignación. Dijo en su discurso del Nobel que “se llega antes a Marte que al propio semejante”. Esto es constatación triste de la realidad, no pesimismo. Ahora hay medios para proporcionar mejores vidas y sin embargo no se utilizan. El sistema es perverso.

¿Cree que alguien, en el panorama literario ibérico, ha cogido esa antorcha de lucidez, de tratar de iluminar nuestras oscuridades?

Creo que hay escritoras y escritores jóvenes que prometen. Creo que hay lectores y lectoras que aseguran el mundo. Creo que el sistema lo pone difícil, pero ni todo el mundo se ha resignado, o es indiferente o tiene miedo. Creo que hay minorías que mantienen la lucidez que permitirá que la vida inteligente siga en el planeta, no solo la sumisión absurda que nos proponen como única forma de existencia.

Por Antonio Manuel Rodríguez
Profesor, escritor y amigo del alma

Manolo Sánlúcar, Flamenco y Andalucía se escriben con mayúscula

Manolo Sanlúcar tenía la sangre del color de un amanecer en Doñana. Los dedos de sus manos parecían sarmientos moviéndose libres como gaviotas por Bajo Guía. Su pelo cano estaba hecho de hebras de luna al reflejarse en las aguas del Guadalquivir a su paso por Bonanza. Y sus ojos eran pozos de luz y verdad. Su garganta ponía voz grave y sabia al pueblo milenario que tanto amó y que todavía se estremece con la belleza, pero al que cada vez le cuesta más trabajo levantarse rebelde contra las injusticias. Ay, cómo se quejaba el Maestro de nuestra indolencia. Cómo se enfadaba. Y cómo le dolía. Manolo Sanlúcar sentenciaba en cada frase porque hablaba por martinetes. Defendía con vehemencia y razón que los Maestros siempre aprendieron de otros Maestros para asumir el deber de mejorarlos y de ser mejorados por los Maestros que





Fotos:
Hazeima Rodríguez

vendrán. Los suyos fueron su padre, la vida y la muerte. A cuál más Flamenco. A cuál más sanluqueño. A cuál más andaluz. Porque Manolo Muñoz Alcón era Sanlúcar de Barrameda como la Mezquita es Córdoba, la Giralda es Sevilla, la Alhambra es Granada, y todas ellas son Andalucía. Como el Flamenco.

A estas alturas de su muerte, convertido en faro de lo jondo y del universalismo andaluz, su carrera y sus reconocimientos los llevará tatuados en la memoria del alma, donde quiera que se encuentre. Con sinceridad, no le importaban las medallas porque nunca aspiró a ellas. Manolo Sanlúcar sólo quería ser dueño de sus manos y con ellas nos hizo entrega de su inmenso legado escrito en el aire. Y ahora, además, de su obra magna sobre el Flamenco que recoge su historia y la de Andalucía que lo parió desde antes de que existiera el tiempo. En la firma, lleva el nombre de su pueblo: Sanlúcar.

Nadie en el mundo ha conseguido fundir su nombre con el de su pueblo como Manolo hizo con Sanlúcar hasta hacerlos siameses unidos por el corazón. El uno sin el otro, morirían. Y los dos juntos, son inmortales.

Y por la misma razón que Sanlúcar de Barrameda, Andalucía y la Guitarra Flamenca se hicieron carne en él, es de justicia que su nombre se convierta en Llave de Oro para que las generaciones futuras no olviden que hubo un hombre que las llevó a los confines de la tierra y de la sangre.

Yo lo quise y admiré como un padre, y él me quiso como a un “hermano en el dolor andaluz”, que así me llamaba. No es el momento ni el lugar para compartir lo mucho que viví y compartí con el Maestro. Pero sí pido a todos los que lo amaron que le rindan un sencillo homenaje que le hará sonreír desde las alturas: escribir “Flamenco” con mayúscula. Esa fue la idea que se nos ocurrió para distinguir nuestra expresión cultural más genuina y universal del pájaro y del natural de los Países Bajos. En mayúscula como Andalucía, su otra pasión que en el fondo es la misma. Y en mayúscula como su bendito nombre Flamenco: Manolo Sanlúcar.

Así sea.

Opinólogos en el reino de la palabra muda

Por Natalia Fernández Díaz-Cabal. *Profesora Universitaria y Lingüista*

Somos seres anfibios. Vivimos en un océano de opiniones que nos ahoga; buscamos tierra firme donde descansar de tanto cortocircuito sonoro. Cualquier persona se siente autorizada a dar a conocer al mundo –¿cómo se ha empequeñecido desde que nos hemos globalizado!– lo que piensa de esto, de lo otro. Opiniones que circulan a la velocidad de la luz, vierten su cicuta, sus falsedades, sus linchamientos, sus rencores e inquinas, su ruido...y todo ello envuelto en un celofán que por grosero que sea mucha gente toma por verdad. Lo malo, con todo, no son las opiniones en sí, sino la importancia que se les otorga («qué mal le sienta esa ropa a fulanita» y ese parecer, prescindible, fungible, efímero e insulso se convierte en tendencia y genera otros 8.000 comentarios tan prescindibles, fungibles, efímeros e insulsos como el que dio lugar a todo). Ahora la literatura es la sandez que cabe en 140 espacios de un tuit y las clases magistrales los 15 segundos de ocurrencia de tik tok. Todo ello pequeños escaparates narcisistas en proceso de expansión y colonización –con la venia del pobre Narciso, que se conformó con enamorarse de su propia imagen y no convirtió ese amor enfermizo en dogma–.

La chulería enunciativa (si es que eso no es oxímoron) suele ser directamente proporcional a la vacuidad de ideas. Me refiero a esas expresiones *yolovalguistas* donde el ego, convertido en el dios de cada cual, usurpa el lugar que debería ocupar el respeto. «A mi niña no me la

haga levantar del asiento, señora, que mi niña tiene tanto derecho a sentarse como usted». Y la señora octogenaria, apoyada en su bastoncito y su perplejidad, no suele entrar al trazo, porque el trazo viene mojado y hiere sin dejar marcas aparentes. ¡Ay, los derechos! ¡Cómo se han pervertido en boca de quienes creen que son instrumentos para justificar cualquier acción sin límites y no una herramienta para proteger la dignidad de cualquiera! Sí, de cualquiera: incluso de aquellos que se empeñan en denigrarla.

El ejercicio de discrepancia, tan necesario para aprender a razonar y a crecer como personas, es casi un juego mortal, puesto que ya no se trata de escuchar a tu interlocutor para convencerlo o rebatirlo: se trata de volarlo por los aires hasta que no quede nada de él, cancelarlo, destruirlo. Los intercambios no sirven para aprender o reflexionar, porque cada uno viste las galas de su dogma y las exhibe sin rubor. El debate es una variable de la guerra, pero ni siquiera de la guerra convencional, sino de la guerra de guerrillas, con juego sucio, cálculos y escaramuzas. O estás conmigo o mereces morir. Las palabras, si es que llegan a usarse, son balas de fogeo que a veces hieren.

Sin embargo, si me detengo un par de segundos más sobre el tema de las opiniones y de los modos en que dirimimos nuestras diferencias, debo confesar que el que más preocupación me causa es el de las opiniones sin opiniones,





Ubicuos-Imagen de Natalia Fernández Díaz-Cabal

es decir, el sistema mudo de estrellitas que permite que cualquiera –un cliente descontento y grosero, un alumno indolente, un trabajador vengativo, una persona anónima con ganas de unos segundos de gloria– pueda hundir un negocio, una reputación e incluso un sistema establecido. El puntaje para todo permite canalizar los descontentos, la insulsez de las expectativas desmesuradas y los afanes inconfesos de venganza. Incluso si nos manifestamos en positivo es pernicioso, pues alienta una estructura social que se basa no en la experiencia (que ya sería grave) sino en percepciones y en el hecho de que se frustren o no nuestras expectativas.

Nos han erigido en príncipes y princesas soberanos cuyo reino es el de un índice (o pulgar) dejándose caer sobre una tecla, y sobre ello hemos construido un imperio miserable donde ni siquiera hace falta hablar. Aunque, digo yo, si el promedio de palabras que usan las nuevas generaciones es de 200 el sistema de puntaje –o de “opinión muda”– les viene como anillo al dedo (nunca mejor dicho lo del anillo y lo del dedo). Donde no hay palabras no hay debate, donde no hay debate no hay dialéctica, donde no hay dialéctica no hay pensamiento que pueda germinar, por eso nos sitúa a un paso de la barbarie, que no es otra cosa que la muerte de las palabras y el predominio de los ombligos.

Como suelo decir, nos sobran opinadores y nos faltan analistas.

Por Almudena Colorado Espinosa
Licenciada en Químicas, profesora y escritora

Otros tiempos, otras personas

Sí, son otros tiempos. No cabe duda. Hemos cambiado mucho, todo ha cambiado mucho, y en poco tiempo. Yo lo veo en mis alumnos, especialmente. Les hablo de expresiones de mi juventud, de programas de la televisión, de música que yo escuchaba a su edad... y por sus caras veo claramente que, lo que digo, a ellos le suena a algo muy muy remoto en el tiempo. Van con el móvil a todas partes y los comparo con mis amigas y yo, a la edad de ellos: solo hablábamos cara a cara. Bastaba con una cabina telefónica cerca para cualquier urgencia, y no teníamos necesidad de un Google que diera respuesta a todas las preguntas que nos surgían, desde quién cantaba tal canción a cómo se iba a tal sitio o a otro. Con un "no sé" tirábamos adelante.

La cuestión es que yo no veo tanta diferencia de edad entre mis alumnos y yo (como dice el tango: veinte años no son nada... bueno, en mi caso quizá treinta), pero está claro que, de una generación a la otra, los tiempos se han movido mucho. Las nuevas tecnologías han revolucionado el mundo, especialmente el de las relaciones, para bueno y para malo.

¿Cómo lo han revolucionado para bien? Con la aparición de internet. Sí, internet nos ha salvado del distanciamiento de nuestros seres queridos y de la soledad, entre otras cosas. Aunque fuera a través de una pantalla, era tranquilizador poder verles las caras y mantener una conversación con ellos en aquellos tiempos tan difíciles que fueron los del confinamiento. Poder



verlos, hablarles y oírlos daba cierta tranquilidad y nos aliviaba la angustia de estar encerrados. Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación nos han concedido una nueva forma de "estar": permiten que familias separadas puedan "verse" y conversar a diario; han reconvertido la forma de trabajar y de estudiar, pudiéndose llevar a cabo las obligaciones que ambas labores conllevan desde casa o desde cualquier otro punto





que no sea la oficina; han facilitado las operaciones burocráticas que tengamos que realizar e incluso las consultas médicas... hasta han hecho posible conocer gente, y enamorarse. Internet nos ha "achicado" el mundo. Las distancias son relativas y ya no dan tanto miedo.

¿Y cómo ha revolucionado el mundo para mal? Pues también con la aparición de internet. Desinformación, acceso a temas que no deberían ir pululando por

ahí tan libremente, nuevas maneras de abusar de personas, de delinquir...

El otro día vi en la televisión una noticia que me llamó la atención: apenas nos llamamos por teléfono. Como está el whatsapp, tiramos de él para decirnos lo que nos tengamos que decir. Sea escrito o sea por audio. Un mensaje o un audio no están mal cuando tenemos necesidad de hacer un recordatorio o transmitir algo rápido. El problema es cuando sustituye a la conversación. El whatsapp ha cambiado la escucha paciente y la réplica propia de un diálogo por un mensaje en el que uno se ahorra oír al otro. La fluidez e improvisación propias de una charla entre personas se ha sustituido por «bloques de información» que van emitiéndose uno detrás de otro.

La cuestión no es si internet (y todo el conjunto de redes sociales y herramientas de comunicación) es bueno o malo. La cuestión es en qué nos convertimos nosotros al darle uso.

Recuerdo ahora una escena de una de mis películas favoritas: «Contact». En ella se narra el descubrimiento de un suceso que hace posible el sueño de poder contactar con una civilización extraterrestre. La película, basada en una novela de Carl Sagan, no solo cuenta una historia apasionante. También pone en escena esa doble vertiente entre las que nos movemos, obligados a decidirnos por una o por otra (qué error): ¿ciencia o religión?

Hay muchas escenas en la película dignas de mención, pero, al hilo de lo que comento, ahora me sale la que en un

momento determinado un personaje, Palmer Josh, dice: «Lo que yo me pregunto es, ¿ha conseguido la ciencia, la tecnología, hacernos más felices?».

No sé yo si esta es una de esas preguntas ambiguas, que podrían tener una respuesta u otra según quien la conteste, o habrá un momento en que la veamos como una pregunta para la que solo es posible una única respuesta, esto es: un rotundo sí, o un rotundo no. Sin excepciones ni condiciones de ningún tipo.

Hoy me inclino por pensar que no hay que demonizar ni decir que «todo está mal» o eso de que «antes vivíamos mejor, y éramos mejor». Quiero creer que se cumple lo que Aristóteles decía acerca de que «en el medio está la virtud». Tiene que haber un punto de equilibrio en el que no tengamos que renunciar ni al progreso ni a la capacidad de bondad, belleza y amor que hay en nosotros. Se trata de hacer un buen filtro, de discernir qué sí y qué no, qué nos construye y qué nos destruye.

Siempre hemos pensado que son las generaciones anteriores a la nuestra las que de verdad han vivido la “Historia”, con todas sus letras. Y es cierto. Han sido testigos de guerras, posguerras, regímenes políticos difíciles, tensiones peligrosas entre dos grandes potencias como E.E.U.U y la U.R.S.S, la caída del comunismo, del muro de Berlín... Son muchas cosas las que han visto esos ojos y las que han hecho que esas manos trabajen tanto.

Pero también en esta generación presente, la parte de la Historia que nos ha tocado vivir ha sido convulsa: la ya muy mencionada (y tristemente siempre presente) pandemia, el cambio climático y los desastres medioambientales que han provocado, la inflación, nuevas invasiones militares... Y una enorme crisis espiritual y de valores. Quizás de esto último no se hable en ninguna noticia, pero eso está ahí, de fondo. Y eso nos está haciendo daño como sociedad.

Hemos perdido grandes referentes. Hay falta de líderes. No de líderes todopoderosos, no, no. Válgame Dios, de esos andamos bien servidos. Me refiero a otro tipo de líderes. Personas inspiradoras, cuestionadoras, que te hagan querer ser mejor persona. Personas que señalen el horizonte y te digan que mires ahí y no a su dedo; que te descubran el mundo de otra manera, no abduciéndote de él ni aconsejándote aislarte con una comunidad que piense igual que tú y le des la espalda a todo. No. Me refiero a líderes que se pongan al frente, a nuestro lado y cerrando el paso, si hace falta. Gente que proponga y no que imponga. Gente que abra horizontes, que sea capaz de presentarnos el mundo en toda su dimensionalidad. Gente que nos una con más gente y nos enseñe a creer de nuevo en la fraternidad y la solidaridad.

Esta falta de valores y de referentes que valgan la pena es un síntoma de una crisis de espiritualidad muy grande. O



quizás sea esa crisis de espiritualidad la que nos haya llevado a la falta de valores. Hay un hueco muy grande dentro de las personas, un vacío...un hoyo que no conseguimos llenar ni con más tecnología, ni con más dinero, ni con discursos bonitos ni con nada de lo que el mundo nos ofrece hoy. Nos sentimos solos, vulnerables, asustados. Nos hacemos muchas preguntas y no encontramos respuesta. Se crean unas distancias muy grandes entre nosotros mismos y nuestra propia humanidad, distancias que no puede cubrir ninguna tecnología revolucionaria.

Cada vez estoy más convencida de que la gente busca recuperar su espiritualidad. Digo recuperarla porque la traemos de fábrica. El ser humano tiene una dimensión espiritual, como tiene una dimensión psicológica, una social o una corporal. Tenemos dimensión espiritual, somos animales diferentes al resto por ello mismo. Nos

hacemos preguntas profundas que trascienden lo que vemos, y necesitamos respuestas para que la vida tenga sentido. Si no es así, no estamos completos. Y eso nos ha pasado: hemos olvidado esa dimensión. Bien porque la asociamos a tiempos antiguos, o porque la relacionamos con instituciones religiosas con las que no nos identificamos o de las que recelamos. Pero hemos olvidado esa dimensión tan nuestra y tan necesaria.

¿Quiere decir todo esto, entonces, que debemos abandonar el progreso? En mi opinión, no. Ahora no sabríamos vivir sin los avances científicos. Nuestros niños y niñas son nativos tecnológicos. No podemos negar lo que ya está aquí. Pero sí podemos modularlo, orientarlo bien, para que no nos haga perder la esencia de lo que somos. Porque lo que ayuda es lo que conserva y cuida aquello que nos mantiene humanos. Por ello se hace tan urgente recuperar nuestra espiritualidad, esto es: volver a poner el foco en qué es lo que da sentido a la vida, qué es verdaderamente la felicidad, quiénes somos, para qué estamos aquí, a dónde vamos o a dónde queremos ir.

Sí, necesitamos volver a las preguntas de toda la vida. A ellas trataron de responder la filosofía (Platón, Aristóteles, Descartes, Kant...), la ciencia (Galilei, Newton, Einstein, Hawkins...), las grandes religiones (el cristianismo y Jesús de Nazaret; el judaísmo y su experiencia de sentirse un pueblo elegido y salvado; el islam y Mahoma; el budismo y Buda; el hinduismo y sus teorías sobre el karma y la reencarnación...).

Sobre esas grandes preguntas se puede construir ese faro que nos guíe. A ellas nos debemos, y ellas deben seguir marcando el ritmo. Porque, si no las tenemos en cuenta, difícilmente llegaremos a las respuestas correctas.





Sentirse bien está en tus manos

Por Dra. M^ª Pilar Berzosa Grande
Psicóloga clínica

Es verdaderamente una paradoja hablar de bienestar hoy en día, pues lo que muchas personas piensan que está en la base de vivir con plenitud, es “hacer y hacer”, entretenerse en la acción, mantener una postura hedonista y basarse en refuerzos materiales para alimentar su aburrimiento. Son actitudes típicas de sociedades individualistas en las que la medida del bienestar está basada en el logro externo y en las adquisiciones (muchas de las cuales son superfluas o totalmente prescindibles)

Es difícil desprenderse de este estilo porque la sociedad crea una tela de araña cultural y provoca en la mente de las personas que caigan rendidas ante esas realidades. Pero, no es imposible tener una postura diversa y, por ende, más saludable.

No se trata de ser extremistas y no tener aficiones que ayuden a manejar el día a día desde lo que se comentaba arriba. El objetivo es ser mesurado y tener claro que, para vivir mejor emocionalmente, hay que “mirarse por dentro”. La cultura del bienestar real sería aquella que facilitara al individuo una dosis de autocuidado personal junto con el cuidado externo. Ese equilibrio facilitaría que nos sintiéramos cada vez mejor.

Me refiero a manejar los tiempos desde otro punto de vista. Hay que darse cuenta de que la vida pasa muy rápido y que, cuanto más tiempo dediquemos a ocupaciones, nuestra percepción subjetiva será que es aún más veloz. Si se dedicara un tiempo diario, puede bastar unos 15 minutos, a meditar, a observarse sin



enjuiciar, a tomar consciencia de nuestro cuerpo y de nuestra mente, podríamos enfocar esa jornada con más sabiduría emocional. Por ejemplo, podríamos decidir andar en vez de correr, sonreír en vez de estar con el ceño fruncido, saludar a nuestros vecinos en vez de dedicarles como mucho un ligero e imperceptible gesto con la cabeza cuando los vemos. Son actitudes que casi no nos hacen invertir tiempo ni esfuerzo, pero aportan una calidez humana que facilita el bienestar. Porque no sé si saben que, según los estudios especializados en la materia, una de las cosas que más nos beneficia emocionalmente son las relaciones interpersonales de calidad. Y eso es así porque somos seres sociales, no lo olvidemos.

Es por ello, que el desbordante avance de la tecnología a causa de la COVID-19, nos ha dejado una impronta que, lejos de mejorar la salud emocional, nos la está robando. Un exceso de tecnología aumenta el aislamiento y, por tanto, la soledad. Algo muy perjudicial para todos y, en especial, para ciclos vitales concretos (adolescentes y mayores de 65 años). Hay que hablar con la gente, llamar por teléfono sin tener miedo a molestar, hay que escuchar la voz de los otros y sentirse en pertenencia. Menos redes sociales, ya que estas pueden introducir en experiencias y temática muy perniciosas, y más y más contacto directo.

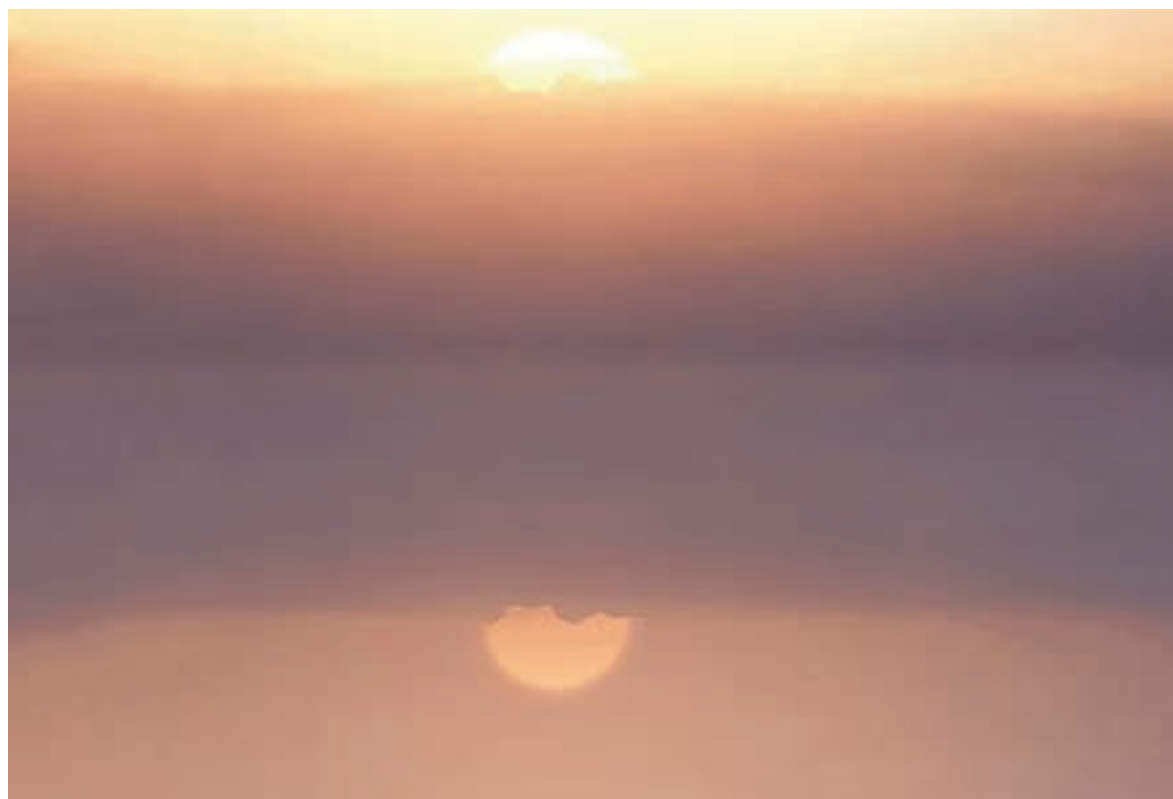
Disponer de tiempo es muy relativo. En muchas ocasiones me preguntan cómo hago tantas cosas. Suelo contestar que madrugo bastante y que procuro no perderlo con actitudes pasivas, como ver programas vacíos de televisión que no me aportan nada. Estar centrado en el ahora y motivarse con lo que una tiene a bien realizar, es una fuente de energía saludable que ayuda a manejar los malos momentos. Por eso, es altamente aconsejable que cada uno se centre en actividades que sean sanas, alegres y

despierten la curiosidad para acompañarse en la vida. En este sentido, se recomiendan las deportivas, las creativas y las sociales. Siempre hay posibilidad hoy en día, independientemente de la edad, de realizar alguna de ellas. Como muchas veces indicamos, si no se tiene tiempo ni recursos, se puede andar a diario, incluso con alguien que sea “nutritivo”.

Esto último nos hace recordar que es necesario estar cerca de personas saludables, que nos aporten emociones vinculadas a la alegría y la sorpresa. Son de vital importancia, son un alimento para nuestro “yo”. Es posible que alguien piense que no se puede dejar de lado a personas, si están tristes o malhumoradas, porque les une un vínculo especial. Sin duda, pero sí se pueden limitar e, incluso, invitar a realizar actividades que les saquen de su estado de negatividad, pero uno mismo tiene que darse cuenta de que no le contagien en esa emoción; no serviría de nada. Llamo yo personas “nutritivas”, o personas “vitaminas”, como las llaman otros, aquellas que aportan un bienestar, suman en experiencias y facilitan la vida al otro con su presencia.

De lo que sí hay que desprenderse es de las “personas tóxicas”. Hay que observar bien las señales para no caer en sus redes y, si ya se ha hecho, para zafarse de ellas lo antes posible. Pueden ser termitas que acaben con la calma de uno. ¡Mucho cuidado!

Tener un estado de bienestar es ahondar en estos principios y mantener un estilo de vida sencillo, que se centre en la conciencia del Yo para aportar a los otros también bienestar y así generar una cadena de eslabones que nutren y se expande. A su vez, es compaginar con mesura actividades que faciliten la salud físico-mental, entre las que se destacan las deportivas, de naturaleza, culturales y creativas, así como las que impliquen el compartir social con familia y/o



amistades. La tecnología debe estar al servicio de las personas y no al contrario y, como ya está demostrado que tiene un alto nivel adictivo, hay que estar preparado/a para usarla para que reporte beneficios y que no reste en estabilidad.

No dejarse vencer por el espejismo de conseguir cosas materiales y ser fiel a vivir en equilibrio entre lo práctico y lo que no lo es, puede ser una máxima interesante para sentir que se vive en plenitud y con un estado emocional saludable.

Hay cada vez más tendencia de actuación desde este punto de vista, por eso han aumentado las actividades de yoga, chikung, taichi y meditación. Todas ellas, importadas de oriente y en las que los estudios han demostrado su eficacia.

Cuando a finales del siglo pasado se comenzaba a hacer apología de la cultura

del bienestar, en parte es lógico que se asociara a tener medios materiales para conseguir esa felicidad. No podemos olvidar que la sociedad plantea sus necesidades en función de lo que se esté viviendo. Los herederos de la segunda guerra mundial y la guerra civil (en el caso de nuestro país) tenían el modelo de una familia que pasó muchas vicisitudes, que luchó duro para reconstruir sus pueblos y ciudades, y lo que también es altamente importante, sus valores. La consecuencia de ello es el deseo de que sus hijos/as vivieran más fácil, que tuvieran un sistema de disciplina más asequible, que se evolucionara hacia la libertad a todos los niveles. Este movimiento es cíclico a lo largo de la historia: periodos de carencia son seguidos por periodos de relajación y opulencia, que tienden a extremarse y a



explotar de alguna manera... Así, se vuelve a comenzar otra ronda.

Por tanto, que surgiera el término de la cultura del bienestar y se fuera llevando por el camino de la abundancia fue una consecuencia bastante esperable. Pero la sociedad siempre está en movimiento y se llegó a la crisis del 2008, por ejemplo. Los valores del S.XX están en decadencia y las personas se encuentran ante otras tesituras, lo que pudo significar inicialmente que la cultura de la felicidad basada en un bienestar dejase de ser válida desde hace tiempo. Todo esto nos obliga a no hacer lo mismo si las cosas cambian, como es lógico.

Por eso, si han tenido la paciencia de leer hasta aquí, piensen en la edad que tienen, en lo que les hace felices, en lo que les transmitieron. Piensen en la sencillez de un niño mientras juega con un palo o

una pequeña pelota con sus papás. Piensen en un paseo en la playa o un día en el campo mientras saborean un exquisito bocadillo de tortilla de patata. Piensen en las risas que pueden pasar con amigos y familias, alrededor de una mesa, con un café... Y ahora si alguien les preguntara cómo se han sentido, ¿qué dirían? Eso, es sencillamente bienestar. Con las diferencias que cada uno pueda aportar según sus circunstancias.

Si se enfocara la felicidad desde estos parámetros de bienestar y se generalizaran, es posible que la sociedad fuera poco a poco dando un giro. Y vamos a pensar desde el positivismo, porque hay muchas personas que reclaman esto. Solo es cuestión de que se vaya generalizando.

Un paso adelante de cada uno según este enfoque, puede suponer una marea humana muy saludable.

Por Nicolás Miguel Montoya Rodríguez
Doctor en Medicina. Especialista Medicina Preventiva y Salud Pública
Especialista Pediatría Social y Preventiva

Sanidad en Jerez y su comarca (aproximación histórica)

El autor indica que en este artículo realiza una aproximación histórica a la sanidad en Jerez de la Frontera y su comarca. Y añade, "al hilo del cómo y el porqué se resquebraja la salud pública y a la vez avanza inexorablemente cuando acaecen pandemias como la del COVID."

En pleno siglo XXI, con los coletazos de una pandemia y con el convencimiento del valor de la prevención como una de las bases de la salud pública, es bueno saber de dónde venimos para así conocer hacia dónde vamos.

La historia de la sanidad en medio mundo, pero en especial en la Europa de los últimos siglos se ha basado fundamentalmente en la actuación caritativa, la implicación de las órdenes religiosas y la falta de medios públicos. No es hasta el embate ideológico de la Revolución Francesa cuando los gobiernos, las monarquías y los diferentes regímenes políticos del momento entienden que deben tomar medidas para mejorar la salud y las condiciones de vida de sus súbditos. Aunque podemos hablar de muchas

similitudes en la Europa Occidental de los últimos siglos, esta idea se puede concretar en España, Andalucía y por supuesto en la mayoría de ciudades de la provincia de Cádiz. En la zona de Jerez las circunstancias económicas, religiosas, políticas y sociales han dibujado un especial marco desde el que se puede esbozar una aproximación más localizada de la evolución de nuestro sistema sanitario dentro de las condiciones de vida de los ciudadanos.

La importancia de conocer los avatares por los que han pasado varias generaciones de nuestras familias y amigos e incluso profesionales a los que hemos admirado en relación con la salud como valor, es siempre interesante; especialmente en una población que crece a expensas de una capital de provincia, que además tiene la notable





Balneario San Telmo

fortaleza histórica de contar en Cádiz con el Real Colegio de Cirugía de la Armada desde el siglo XVIII, institución que supuso los cimientos de lo que sería la Facultad de Medicina española con más historia, con la consiguiente remesa de promociones de médicos y cirujanos y el valor añadido de la historia de la Medicina tan cercana.

En España y en Jerez, como en el resto del mundo, además de las enfermedades, accidentes, duelos y situaciones mortales que podían ocurrir, hay que tener en cuenta la presencia de un tipo de males que afectaban a miles de personas de manera indiscriminada y que centraban las miserias y desgracias en muchos momentos de su historia. Epidemias, endemias y pandemias siempre han existido. De las

primeras que se tiene constancia en la provincia de Cádiz fue la de la Peste, que asoló Jerez entre los años 1518 y 1523, donde se llegaron a enterrar a más de cuatrocientos cuerpos por semana. En aquella época la ciudad se fue quedando sin habitantes, tanto por las pérdidas mortales de la enfermedad como por las espantadas hacia otras ciudades. La situación afectó especialmente a los asentamientos de los dos arrabales de la ciudad, los de Santiago y San Miguel, donde prevalecían personas de etnia gitana, en unas condiciones de vida muy precarias. En aquellos años podríamos hablar de que la ciudad soportó un descenso demográfico importante. Se situó en menos de 10.000 habitantes, aunque posteriormente en el siglo diecisiete se recuperó llegando a los 14.000 vecinos en



Hospital Santa Isabel

el año 1693. Ya en 1787, según menciona el censo de Floridablanca, la población dio un gran salto, hasta alcanzar los 47.000 habitantes. Este crecimiento demográfico lógicamente influía de forma negativa cuando aparecían enfermedades endémicas o epidémicas, que conllevaban tasas de incidencia de muerte muy altas.

En esos tiempos, la medicina se centraba en actuaciones de los antiguos barberos y cirujanos que asumían su rol como profesionales a cambio de pocos reales o de prebendas de todo tipo. La red de edificios dedicados a la caridad para dar alimentos al necesitado y albergue a personas y peregrinos, las gestionaban principalmente las órdenes religiosas, que junto a la actividad

propia espiritual, ofrecían calor y auxilio a los que necesitasen de algún tipo de atención. En Jerez hay que hablar de edificios que, en realidad, eran utilizados para atender las necesidades básicas de la población autóctona y de todos los viajeros que llegaban a la ciudad. De esa forma, puede que no se deban considerar hospitales en sentido estricto, pero sí pueden definirse como edificios con funciones afines, como el de la Caridad, que servía sobre todo de albergue y que se encontraba en el centro de la ciudad intramuros. Otros tuvieron que ejercer funciones en los dos arrabales, como el edificio del Hospital para mujeres, fundado en 1485 en la calle Taxdirt. El establecimiento contaba con unas pocas camas, botica, caballerizas,

zona de enterramiento y salas de curas junto a la iglesia de Santiago, y el conocido como Hospital de Jesús María, que se encontraba en las inmediaciones de San Miguel, fundado en 1754 y del que hay documentos que demuestran que se derribó en el siglo XIX, concretamente en 1838.

El Hospital de San Juan de Dios fundado en 1575 por el beato Juan Grande, estaba situado enfrente del convento de Santo Domingo, llanos de Santo Domingo en aquel siglo y Alameda Cristina actual. Hay que mencionar que fue el hermano Juan Pecador al que debe su nombre, beatificado posteriormente como Juan Grande cuando murió de la propia enfermedad de la Peste en 1600.

Esta red de establecimientos atendía a diario todas las enfermedades, daban de comer y beber y ofrecían hospedaje y servicios religiosos.

En este siglo XVIII hay que mencionar las famosas fiebres tercianas malignas de los años 1785 y 1786, cuyo síntoma principal era la fiebre, que se acompañaba de vómitos y diarreas y en la que se actuaba, sin mucho éxito, mediante la apertura de vasos para hacer sangrías y los extractos de la quina en infusiones para paliar los síntomas. En aquellos tiempos la ciudad carecía de alcantarillado. En consecuencia, se daban muchos focos de infecciones debido a restos orgánicos, inorgánicos, despojos de las carnes y los pescados y animales muertos abandonados en las vías públicas, que significaban un perfecto caldo de cultivo para bacterias, virus y hongos de todo tipo.

Otra de las epidemias de este siglo en la zona fue la de la viruela, que aparecía y desaparecía de manera intermitente y que hasta entrado el siglo XIX no fue erradicada. Durante sus episodios, se intentaba atajar el mal con tisanas de los productos de la zona, como arroz,

garbanzos, potajes, sin mucho éxito y siempre había casos recidivantes y entrelazados de miembros de la misma familia que se contagiaban con el consiguiente perjuicio económico para la subsistencia de las mismas.

Es cierto que ya sobre estas fechas el concepto de Salud Pública iba calando en los gobiernos de la Ilustración. Término que se fue acuñando a remolque de las necesidades de la población, de los censos de enfermos, de los tratamientos en los que se empezaron a hacer recuentos, sobre todo de las enfermedades que parecían transmitirse entre personas. Se tomaron medidas para quemar en zonas apartadas todos los utensilios personales, ropas y pertenencias de los enfermos una vez enterrados, e incluso los alcaldes obligaban a blanquear las paredes y hacer una limpieza exhaustiva de las habitaciones de todas las familias en las que hubiera aparecido algún tipo de enfermedad contagiosa.

Es importante matizar que la gestión de estos inicios, de lo que se puede considerar la introducción del concepto de prevención en Salud Pública, la asumían las autoridades de cada ciudad. Las denominadas Ordenanzas Reales eran el cauce administrativo a través del cual actuaban dichas autoridades. Hay que aclarar que las citadas Ordenanzas tenían más o menos cumplimiento, según los casos, pues la población no tenía cultura ni tradición preventiva, y por parte de los barberos, cirujanos o médicos tampoco las seguían escrupulosamente. Hasta que no se empezaron a tomar medidas disciplinarias y multas económicas no se lograron obtener los resultados apetecidos; multas severas que están descritas en muchos documentos entre los años 1786 y 1787, donde se manifiestan las penas a los infractores.

Se sabe que a finales del siglo XVIII la ciudad contaba con un total de una centena de camas para enfermos y accidentados en los edificios o pseudo hospitales existentes. Como la ciudad contaba con unos 45.000 habitantes podemos presumir los problemas que había para atender toda la población. De ahí que tanto las congregaciones que trabajaban en esos centros, como los sanitarios que intervenían personalmente tuvieran que trasladarse por toda la ciudad para dar apoyo y calor sanitario, sobre todo a familias pudientes que podían pagar los servicios, mientras que a los llamados hospitales acudían la mayoría de vagabundos, pobres de solemnidad y viajeros, que eran atendidos de forma gratuita y caritativa.

En ese siglo se empezaron a crear las asociaciones de profesionales que se reunían con fines sociales, tanto para estrechar lazos como para dar importancia a los sectores más cultivados de la sociedad jerezana y a los diferentes gremios. Es la época de la creación de la Sociedad de Amigos del País, de la Asociación de Caballeros de las Armas, de la Sociedad de Hockeys, y de los Casinos de nobles bodegueros junto a los posteriores clubs de jockeys.

Con la llegada del siglo XIX, se produjo un hecho crucial en la historia sanitaria jerezana: la epidemia de fiebre amarilla. Una fuerte epidemia que acabó con la vida de casi 5.500 personas en el primer año de siglo. Al tratarse de una enfermedad contagiosa entre la población se tomaron medidas sociales para evitar que los viajeros que procediesen de otras ciudades cercanas entraran en Jerez. De esa época queda reflejada la construcción de una especie de sanatorio – a imagen y semejanza de las anteriores leproserías- a las fueras de la ciudad, en el camino de Espera, como

fue el de las Cuatro Norias, lugar famoso que una vez terminada la enfermedad se cerró (1801).

Este brote de fiebre amarilla se repitió posteriormente en el año 1804 y en el 1820, lo que conllevó la reducción drástica de la población jerezana por debajo de los 35.000 habitantes. Se habla de que casi la totalidad de la población enfermó y que el veinte por ciento sucumbió a ella. A partir de la década de los años treinta de ese siglo la fiebre amarilla se manifestó en episodios puntuales sin tener tanta importancia, pero, por desgracia, a los pocos años apareció de nuevo una endemia: el cólera.

El cólera se generalizó en toda Europa, aunque en Jerez duró casi dos décadas y acabó con la vida de más de 7.000 personas. El Hospital de los hermanos de la Caridad en la calle Consistorio recibió miles de afectados por la enfermedad. La ciudad perdió miles de habitantes que huyeron aterrorizados a otras provincias. La Corporación Municipal abandonó también sus funciones dejando al entonces alcalde, Rafael Rivero, sólo ante el peligro y las gestiones municipales. A semejanza de otras ciudades españolas de la época, de esos años datan documentos sobre el comienzo de las obras para construir el alcantarillado de la ciudad, la limpieza de las calles con aguas del Tempul. Por otro lado, se iniciaron las obras para dotar de agua potable y de riego a la ciudad, y para alejar los vertederos de basuras del centro de la villa. Se tomaron medidas de higiene dirigidas a controlar las viandas, carnes, frutas y hortalizas, para que tuvieran buen almacenamiento y venta, además de las correspondientes medidas de control de la higiene en posadas y en edificios de comidas.

Rafael Rivero como alcalde fue el primer estandarte de todas las



Entrada Balneario San Telmo

actuaciones de salud pública en la ciudad en Jerez y así se le reconoce en su plaza y en la estatua que se erige en la misma. Es en esta época cuando ya se comienza de manera reglada a documentar las actuaciones sanitarias relacionadas con registro de entradas y salidas de enfermos, de las visitas a los centros, de las medidas que tomaban las cofradías en relación con los enfermos, los registros de natalicios y de fallecimientos y en general de todas las funciones de hospicios, hospitales, centros sanitarios y municipales.

El ambiente de preocupación por las epidemias tuvo un efecto entre la sociedad y entre los dirigentes políticos y sociales. Así crece la semilla de acabar con el modelo sanitario de siglos, basado en una medicina caritativa delimitada entre las paredes de los conventos y de los edificios denominados hospitales, para pasar a acuñar el concepto de

medicina preventiva y medicina clínica en base a la creación de un gran hospital que contara con los medios para atender todas las demandas posibles.

En 1841 se funda el Hospital de Santa Isabel situado junto al convento de la Merced. Los dos años primeros solo atiende a hombres, por aquello de la intimidad y el tipo de modelo de relaciones entre hombres y mujeres, pero en 1843 se amplía con una sala dedicada a la atención de mujeres enfermas. Los medios con los que cuenta hacen que pronto sea un referente en la ciudad y en la provincia. A la vez se crea la Farmacia Municipal, para poder atender con medicamentos, brebajes y fórmulas magistrales las necesidades farmacológicas del momento. Es la denominada Beneficencia del estado la que corre con los gastos, siguiendo la normativa vigente a finales de siglo XIX.



Patio Hospital Santa Isabel

Este hospital fue muy reconocido durante varias generaciones y hasta bien entrado el siglo XX funcionó como hospital de la ciudad. A la vez, se crea la figura del médico y farmacéutico funcionario del Estado que tiene la obligación de atender a todos los afiliados de la beneficencia que, por determinados criterios, eran censados

para ser subsidiarios de dicha atención. Aun así, las clases pudientes seguían siendo atendidas por médicos particulares que acudían a las casas a título personal y a la vez empezaron a proliferar consultas privadas en las propias casas de dichos galenos de los que hay una larga lista de grandes profesionales avalados por sus

conocimientos y que obtenían mucha reputación en los círculos eruditos de la ciudad.

En 1972, desaparece el hospital de Santa Isabel y la Farmacia queda en edificio contiguo de la Plaza de la Merced, que siguió unos años dando respuesta a pacientes ambulatorios, funcionando como centro de prevención de enfermedades infecto contagiosas y conocida por muchos jerezanos como centro de tratamiento de la tuberculosis. A destacar que todos los utensilios de la Botica, tanto mobiliario, objetos de laboratorio, material como recipientes y demás artilugios están depositados en las instalaciones del Alcázar jerezano, muy bien conservados y restituidos históricamente.

A finales de este siglo, y a imagen y semejanza de media Europa, Jerez cuenta con el uso de las aguas medicinales como terapia. Dos balnearios se juegan el prestigio. El del Castillo de Gigonza situado entre Jerez y Paterna, donde se administraron múltiples tipos de tratamientos de hidroterapia, todos rubricados con documentos históricos de la familia Ponce de León, que atestiguan su importancia en este siglo, y por otra parte, el balneario de Rosa Celeste, situado en la salida de la ciudad en el parque del Retiro actual y que era dirigido por el profesional médico de la sanidad de beneficencia que ocupara la plaza de director en Jerez. Tras varias décadas de funcionamiento de los anteriores, a finales de siglo XIX, desaparecen como tales, aunque a la vez, se produce un hito en la sanidad pública de Jerez, pues llegando el siglo XX, se funda el famoso Balneario de San Telmo, situado cerca de la sierra de San Cristóbal. Fue el marqués de Bonanza su propulsor, quien lo dirigió en primera instancia y quien consiguió el decreto de

utilidad pública para el mismo. Las aguas eran ricas en cloruros, sulfuros y sodio y fueron muy demandadas en la sociedad de la época por sus cualidades para poder actuar sobre la mayoría de afecciones. En 1911 deja de funcionar y las instalaciones y el edificio como tal, de un nivel arquitectónico modernista propio de principios de siglo XX, se fue deteriorando de tal manera que quedó pronto en el olvido.

Pero continuando con el recorrido epidemiológico del siglo XX, cabe mencionar que en 1918 la pandemia de gripe hizo estragos en la ciudad. Murieron más de 3000 personas y hay constancia de todas las actuaciones que tuvo que poner en marcha el Inspector Municipal de Sanidad, como máximo responsable de la sanidad pública jerezana, para paliar sus devastadores efectos. Se repartieron octavillas y bandos a la población para extremar las medidas sanitarias, se mejoraron las condiciones higiénicas de los trabajadores de campos, jornaleros y trabajadores de las bodegas como industria más rica de la zona, se tomaron medidas para evitar la entrada de viajeros, se crearon hospitales de campaña a las afueras para encamar a afectados, se suspendieron actividades culturales y se incrementaron los controles de enfermos en las familias para aislarlos del resto de familiares.

Paralelamente se toma mayor conciencia de la importancia sanitaria de las inhumaciones. Se promulga anular los enterramientos por doquier o en las iglesias y apostar por cementerios controlados como el de Santo Domingo en el centro de Jerez, tras la Avenida Domecq, a la salida de la ciudad hacia el norte, que posteriormente pasaría a la carretera de Cortes donde se encuentra en la actualidad. La pandemia de la conocida gripe española duro casi tres años, certificándose casos hasta 1920.

Otra fecha importante es la de 1926, año en que se crea la fundación del Sanatorio de Santa Rosalía y Beato Juan Grande, por la que la Orden volvía a Jerez tras abandonar el hospital de la Candelaria por la desamortización de Mendizábal y que, esta vez, se asentó en la finca de recreo Buenavista. En principio la idea era atender solo a niños pobres y sin recursos. Pronto se reinventó en sucesivas ocasiones, hasta el modelo global de nuestros días. Algo más adelante, tras la contienda civil, Jerez sufrió en 1941 los efectos de una epidemia de tifus exantemático que tuvo en vilo a la población durante varios años.

En la década de los sesenta, y dadas las necesidades sanitarias de la ciudad, las pedanías y los pueblos cercanos, siendo alcalde Miguel Primo de Rivera, se inaugura el Hospital de Jerez, que por aquel entonces se denomina Residencia Sanitaria General Primo de Rivera, abuelo del alcalde del momento. El nombre tan peculiar como “residencia” es el que en esos momentos se hacía instar en todo el modelo de instalaciones sanitarias creadas en España, con la financiación de los presupuestos generales del estado, tanto por nombrar de una manera muy global como por evitar el uso de la palabra “hospital” que en esos momentos no era demasiado bien vista. Esta institución sanitaria funcionó a la par con el hospital de Santa Isabel, aunque este último estaba ya en plena decadencia, con pocos medios, con atención a clases muy pobres, más bien como asilo, que como hospital. Se cerró definitivamente en la década de los setenta.

Posteriormente la “residencia” pasó a ser el actual hospital de la Seguridad Social, con las autonomías y el traspaso de competencias, en este caso al SAS de la Junta de Andalucía. Su ámbito de referencia es el actual distrito sanitario Jerez Costa Noroeste, que alberga la zona

de Jerez, pueblos de la Campiña, Serranía, costa Noroeste de Sanlúcar, Trebujena, Chipiona y Rota.

Es inevitable pensar en estos dos últimos años. Hemos sido protagonistas de una pandemia como la de Covid, que ha venido a recuperar miles de imágenes de la historia epidemiológica de la comarca. Más de 400 muertos en nuestra zona sanitaria, por culpa de esta nueva enfermedad, nos hace pensar en cómo la historia se repite. Muchas secuelas en muchos conocidos. La cuarta dosis de Covid se empieza a administrar. Miles de estudios. Decenas de planes de actuación de las administraciones públicas. Todo pone en valor el avance de estos siglos, en cuanto a la sanidad pública de nuestra cultura, de nuestra civilización.

La historia es un conocimiento necesario. Nos ayuda a valorar lo que hemos sido y nos sitúa en el presente, pero también nos obliga a comprometernos en nuestra tarea de servicio y a seguir pensando en qué puede deparar el futuro sanitario a las siguientes generaciones en cuanto a salud pública se refiere.

Esta aproximación es fruto de nuestra historia, de nuestros conocimientos, de nuestras curiosidades, de muchos documentos e investigaciones, y de lecturas y viajes inolvidables con trabajos de compañeros como nuestro querido Pepe Rodríguez Carrión, de investigadores como Antonio Mariscal, Caro Cancela, Sancho de Sopránis, Orellana, Pereira Iglesias, Pepe Ruiz Mata, Maradona, y muchos más. Todos hemos creído en la historia como ese halo de aprendizaje para seguir sintiéndonos vivos. Una vida acompañada de la historia pasada de la sanidad más cercana con vistas a una sanidad futura por descubrir.

Imágenes cedidas para Puerta Abierta por Agustín García Lázaro



Entrada Hospital Santa Isabel

Por Marta Romero Rodríguez

Periodista

Fotografías por Marta Romero

Etiopía, un viaje en el que descubrí la fuerza de una sonrisa

Relato de un viaje al norte de la región de Shoa para descubrir la bondad de la etnia Oromo

Cuando no sepas dónde estás, no confíes en tí y tengas la sensación de que nada de lo que llegue puede hacer que esta situación cambie, solo puedo darte un consejo: pon rumbo a África. Es aquí donde yo encontré eso que muchas veces nos falta: las ganas. Y te voy a contar por qué.

Este viaje comienza un verano, con un amigo de una amiga, como muchas de las buenas aventuras. Una tarde en la que quedas con tu grupo de la Universidad a tomar un café rápido en una terraza de Madrid, descafeinado y con hielo. Al final, nunca es rápido. Mientras todas tienen planes para los tres meses que conforman la temporada estival, tú te quedas sin intervenir demasiado, porque ni sabes lo que vas hacer ni sabes con quién y, además, tampoco tienes claro que te apetezca perder el tiempo buscando una excursión a la que irás sola. Pero te

preguntan, contestas y te llega la propuesta: ¿por qué no te vas de voluntaria a Etiopía? ¿Y por qué no? Esa es la pregunta que se me quedó en la cabeza, persistente, como la que va repasando lo que tiene que hacer cuando llegue a casa. Fueron dos semanas hasta que me decidí a escribir a mi amiga Patricia: ¡Fea! Sigo dándole vueltas a lo que me dijiste, ¿crees que puedes comentárselo a Jesús? Ella, tan dispuesta siempre, no tardo ni diez minutos en ponernos en contacto y yo, de ponerme manos a la obra. En cuanto Jesús supo de mi intención no tardó en ponerme en contacto con la Comunidad de Misioneras que, desde hace muchos años, trabaja en Muketuri. Me explicó el proyecto que tenían allí, cómo podría ayudar y con quién tenía que hablar para comenzar con esta aventura. En este momento, yo era todo ilusión. Mi familia y muchos de amigos no: *estás loca, tú no*





Crónica viajera

te lo has pensado bien, para qué te vas allí a pasar penas. Y esto es lo que yo pensé al aterrizar, pero no a la vuelta.

El primer día que llegué a Muketuri, una ciudad pequeña en la región de Shoa, pobre y con escasos recursos, me sorprendió cómo el tiempo es diferente. Incluso en su capital, Addis Ababa, algo más ajetreada, los relojes parecen avanzar lentos, con un ritmo propio. Pero el atardecer llega cada día y, en

realidad, es solo una sensación. La organización no existe, depende de cada día. Cuando amanece, despiertas y comienzas una rutina que nunca es igual a la del día anterior, porque cuando no tienes apenas nada, todo está por hacer. Ese primer sábado mi trabajo estaba en el *Taller de Desnutridos* de la organización. Si el paisaje de África contrasta con el nuestro, entrar en el comedor del colegio para prestar tu



ayuda a todas las madres y niños que llegan pidiendo ayuda con sus bebés es un choque tan fuerte que te convierte, sin remedio, en otra persona. Pasas de pensar en lo que llegará, para centrarte en lo que tienes ahora. Y ahora tienes delante a seres humanos que necesitan todo lo que puedas darles.

Los conocimientos que tú llevas, las ganas de ayudar y la esperanza de que podemos hacer algo a ellos les basta para acudir a ti un día tras otro. Cualquier muestra de cariño es apreciada y, cuando cae el sol, lo entiendes. Porque el paisaje se vuelve, de repente, oscuro y silencioso. Etiopía es un país de contrastes en el que se intercalan paisajes de verdes montañas y una naturaleza salvaje con grandes extensiones desérticas e infernales en las que apenas hay agua. Es un país que por la noche recupera sus fuerzas y en el que las hienas campan a sus anchas entre calles de tierra y casas de adobe. Por eso, al caer el sol, el sitio más seguro es quedarse en casa. Y en la casa en la que yo estuve, en la que no había luz ni agua corriente, la puerta era de hojalata y se cerraba con un palo grueso de madera, el cariño de mis compañeros y de los vecinos como Talu consiguió que conciliase el sueño que, tras ese primer día, me faltaba.

Talu es solo uno de los ejemplos que me demostraron cómo, en este país africano, los recursos que uno tenga no importan. Emebet, la directora del centro en el que tuve la inmensa suerte de poder ayudar, me lo dijo con un enorme abrazo el segundo día que amanecía allí. «Lo que nosotros necesitamos es que estés». Ni la formación específica que uno tiene ni los medios materiales con los que uno llega, lo importante es lo que traes dentro de ti para acercarte a ellos. Una particularidad propia del pueblo Oromo, etnia que, desde que emigraron desde el Cuerno de África hace cuatro

siglos, es la mayoritaria del país. Me enseñaron a defenderme en su lengua, el Amharico, para acudir al mercado (su lugar de reunión favorito) para distinguir un grano de café bueno de otro malo, para saber qué naranja será la más dulce con tan solo olerla o a disfrutar de una comida con las manos, de su delicioso *injera*.

Y es que, uno de los valores principales del pueblo Oromo, es la





cooperación. Son de las etnias más hospitalarias de África y, por ello, no dudaron en dejar que entrase en sus casas, sentarme en el suelo y compartir pan con ellos, hacerme bailar aprendiendo sus pasos típicos en sus reuniones y enseñarme cuáles son sus rituales religiosos. La religión ortodoxa es la que mayor presencia tiene en el país y, por eso, el paisaje de Etiopía se motea con multitud de velos blancos que cubren a las mujeres en sus días de fiesta. De hecho, el *Timkat*, que se celebra cada 19 de enero, es una de las

tradiciones cristianas más antiguas del mundo y la ciudad de Lalibela, al norte del país, conserva las iglesias enterradas en el suelo más impresionantes del mundo. En vez de crecer hacia el cielo, se hunden para conectarnos con la Tierra. Y es que la Tierra es lo más importante para ellos.

La Tierra no les ofrece agua, que es la gran carestía que tienen, pero les da otras muchas cosas y, por ello, la cuidan, la trabajan y la comparten. Contigo. La Organización de Naciones Unidas (ONU) define la solidaridad como «aquel

acto mediante el cual una persona realiza acciones en beneficio de otra sin recibir nada a cambio». Unas palabras que me hacen pensar, y supongo que a vosotros también, después de haber leído tan solo dos de mis días allí, quién fue solidario con quién. Desde que llegué han compartido esa tierra conmigo, su comida, sus ratos de trabajo, sus horas en clase, sus visitas al mercado y sus paseos de vuelta a casa. Unas casas hechas de adobe (una masa de barro, paja y abono animal) en las que hay un solo espacio que hace de cocina, salón y habitaciones compartidas por toda una familia y los animales que tienen a cargo y que son gran parte de su sustento. Han compartido lo que saben acerca del mundo en el que viven (que es muy diferente al nuestro), su tiempo sin relojes y la sabiduría adquirida durante generaciones de cómo la vida son pocas cosas: disfrutar y respetar la tierra, sonreír a la vida. Y, mientras, sobrevivir. Creo sinceramente que ellos, en este pequeño viaje, me han dado mucho más a mí de lo que yo les he podido aportar. Yo me iré de nuevo a mi cómodo hogar, ellos se quedarán esperando que llegue otra persona como yo. Yo me vuelvo con otra forma de ver las cosas, ellos se quedan, como siempre, esperando lo bueno que les pueda dar la vida.

Esto es algo que Etiopía me estuvo diciendo desde que aterricé en el aeropuerto de Addis Abeba, pero que no comprendí hasta mi último viaje por las carreteras del país. Para regresar, tuve que encadenar una furgoneta tras otra para conseguir llegar a tiempo a mi vuelo de vuelta. La primera de ellas, la que me devolvió a esa ajetreada capital de andamios de madera y edificios que tratan de modernizar sus calles, fui

sentada sobre un bote vacío de pintura, dado la vuelta y con el suficiente diámetro y altura como para poder sentarme sin problemas. Una vez más, no había sitio para mi, pero entre todos, me hicieron uno. Eso es lo que había. Suficiente. En ese trayecto que comenzaba a rozar los primeros minutos del atardecer me llevé una de las postales más bonitas de mi experiencia en Etiopía. Cuando cierro los ojos, cuatro años después, aún la recuerdo perfectamente. Un niño, no tendría más de diez años, iba dirigiendo el ganado de su familia (una suerte tener allí más de un par de animales con los que trabajar) con un palo larguísimo, jaleándoles para que no dejaran de avanzar. Yo iba en la ventanilla central y más grande de la furgoneta, pegada a ella como si fuese la primera vez que veía estos paisajes y, al darse cuenta de que me iba, dejó de atender a su labor para salir corriendo, subirse a una roca cercana y saludar. Saludar de una forma enérgica y alegre, con la sonrisa más grande y sincera que he podido ver en alguien que apenas te conoce. Sin embargo, su saludo es pura ilusión. Espero haberme explicado bien. Esto es Etiopía. La que llevaré siempre conmigo. La sencilla y alegre Etiopía.

Dedicado a María Hernández, compañera y amiga en París, cooperante de Médicos Sin Fronteras, asesinada en la región etíope de Tigray en junio de 2021.

Las imágenes incluidas en esta crónica viajera cumplen el código de conducta en imágenes y mensajes desarrollados por la Confederación Europea de ONG para el desarrollo y la ayuda humanitaria (CONCORD).



Reseñas realizadas por
Cristóbal Serna de la
Librería «La Luna Nueva»

Verbolario

Rodrigo Cortés
Literatura Random House, 2022

“Verbolario” es un diccionario atípico, uno encuentra más que definiciones, poesía, microrelatos y mucha ficción. Rodrigo Cortés nos invita a seguir múltiples caminos, cuando leemos cada término, cada definición, se nos invita a continuar fantaseando o imaginando nuevos márgenes léxicos de cada palabra y teñido de manera sutil con buenas dosis de humor. Tiene su origen este libro en las sucesivas aportaciones que el autor nos regalaba en el diario ABC desde el 2015, y mantiene una tradición en este diario como las aportaciones del también escritor Andrés Neuman que culminaron en el libro “Barbarismos” publicado en Páginas de Espuma de

2016. El autor bebe, tal como nos describe en el prólogo, de la tradición de otros diccionarios como por ejemplo “El diccionario del diablo” de Ambrose Bierce.

El que escribe esta pequeña reseña tiene una pequeña debilidad por los diccionarios con definiciones abiertas, aquellos que sugieren más que definen, y este créanme es uno de los más sugerentes que he tenido en mis manos últimamente.

“Placer: pausa en el dolor”

Rodrigo Cortés, Pazos Hermos (Orense) 1973, es cineasta y escritor. Su anterior libros “Los años extraordinarios” Literatura Random House 2021, le aupó a otro nivel en el universo de la ficción.





Carcoma

Layla Martínez
Amor de Madre, 2021

Es cierto que las casas tienen vida propia, el aliento de lo presente y el rencor de lo pasado, flotan y envuelven un espacio donde los santos hablan, los objetos protestan y se manifiestan. Y los vivos, en este caso abuela y nieta cuentan, dos voces, tres historias de mujeres que han sufrido desprecios y han sido estigmatizadas por los habitantes del pueblo. A su manera se vengan. No hay luces en el relato de los hechos, la niebla y el polvo cubren la narración y te introducen en la casa hasta que ella misma te desvela el secreto.

Layla Martínez, Madrid 1987, licenciada en Ciencias políticas y master en sexología, ha publicado relatos en distintas antologías de narrativa y también de ensayo. Posee una voz diferente tanto en su estilo como en la forma de construir un relato desde lo cotidiano. Es una escritora a seguir.



El último hombre blanco

Nuria Labari

Literatura Random House, 20220

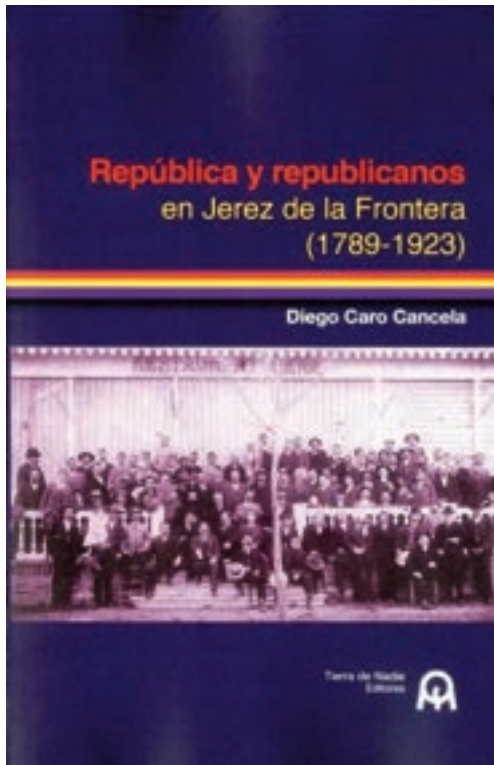
¿Qué ocurre cuando una mujer decide “convertirse en hombre”, adoptar formas de comportamientos masculinas para poder acceder a las altas esferas de los negocios?

Nuria Labari nos describe un sistema que ha discriminado todas las formas de ser y hacer femeninas a lo largo de la historia. La autora bucea dentro del mundo del trabajo, que señala como la “ideología de nuestro siglo”, que ha cambiado el espacio público transformándolo en “un mercado, centro

comercial o e-commerce, o lo que uno prefiera” y el problema es que creemos que es necesario, que no puede ser de otra manera... o sí.

“... porque soy mujer, seré lo otro, cruzaré la frontera, llamaré a todas las puertas. Y tarde o temprano me abrirán”

Nuria Labari, Santander 1979, escritora y periodista, esta es su tercera novela al margen de la aportación de distintos relatos en antologías, también es columnista en el diario El País.



República y republicanos en Jerez de la Frontera, (1789-1923)

Diego Caro Cancela
Tierra de nadie editores, 2022

Tras tres décadas de investigación aunque no de manera continuada el Catedrático de Historia Contemporánea por la Universidad de Cádiz Diego Caro aborda los comienzos y posteriores etapas del movimiento republicano en la provincia de Cádiz, movimiento y partidos que en sus inicios se denominaban democráticos. Un movimiento que abarcaba ideológicamente hablando desde la derecha hasta la izquierda. Este libro

complementa otros escritos y publicados por el profesor como “Violencia política y luchas sociales: La segunda república en Jerez de la Frontera, (1931-1936)”. El movimiento republicano históricamente ha estado muy arraigado en la provincia de Cádiz, y el autor nos explica no sólo su trayectoria y vicisitudes a través de un periodo histórico lleno de cambios e interferencias, sino también por qué estaba arraigado y cuáles fueron sus principales valedores en sus distintas etapas. Una de las circunstancias por la cual ha tardado tanto tiempo en salir publicada esta obra era la de abordar una extensa documentación, valiéndose principalmente de hemerotecas.

Forma ya, recién publicada, de los títulos imprescindibles para el que se quiera documentar sobre este periodo histórico en la provincia de Cádiz.



Islas del abandono. La vida en los paisajes posthumanos

Cal Flynn
Capitán Swing, 2022

Lugares que no son lo mismo desde que nadie habita en ellos, empujados por el desastre económico o medioambiental. Estos efectos son el punto de partida de un reinicio de otro tipo de vida, donde la naturaleza manda, y donde se erigen como oasis de fauna y flora. Así es "Islas del abandono", un recorrido por lo intrigante de pequeños puntos de la tierra donde puede imaginarse como era la vida antes de que ningún humano la pisase, o como será cuando ninguno pueda pisarlo.

La idea plasmada en este libro, ya ha sido abordada en otras ocasiones

haciendo hincapié por ejemplo en la fauna "Animales invisibles" de Gabi Martínez, Ed. Capitán Swing 2020, bien en espacios urbanos "Cines abandonados en el mundo" Simon Edelstein, Ed. Jonglez 2020 "Palacios abandonados, castillos solitarios" Ilia Galán, Huerga y Fierro 2020 o en espacios geográficos "Atlas de las islas sin coche" y su gran referente "El mundo sin nosotros" de Alan Weisman, Debate 2022. Pero este libro no sólo es una enumeración de espacios y de cómo la vida, la naturaleza no humana la ha reconquistado, es una reflexión sobre cómo la no intervención y la no presencia humana es la que lleva a la naturaleza y los ecosistemas asociados a tomar su lugar desplazado.

